

EN EL DESIERTO DE LA TENTACIÓN

Las tentaciones de Cristo en el desierto, y el secreto de la victoria

Título en inglés: Confrontation

Título en portugués: No deserto da tentação

Autor: Elena White

jesusyyo.com

EN EL DESIERTO DE LA TENTACIÓN	1
Enfrentamiento en el desierto	4
Adán y Eva en su hogar edénico	6
El período de prueba	9
El paraíso perdido	14
El plan de la redención	17
Las ofrendas y los sacrificios	25
El apetito y la pasión	29
Amenaza al reino de Satanás	33
La tentación	40
Cristo, el segundo Adán	42
Los terribles efectos del pecado	45
La primera tentación de Cristo	48
El significado de la prueba	50
Cristo no negoció con la tentación	57
La victoria mediante Cristo	63
La segunda tentación	67
El pecado de la presunción	69
Cristo, nuestra esperanza y ejemplo	72
La tercera tentación	75

Concluye la tentación de Cristo	80
La temperancia cristiana.....	84
La autocomplacencia revestida de religión.....	96
Más de una caída.....	109
La salud y la felicidad	113
Fuego extraño.....	120
La impetuosidad precipitada y la fe inteligente	127
El espiritismo	130
El desarrollo del carácter.....	141

ENFRENTAMIENTO EN EL DESIERTO

Después del bautismo de Jesús en el Río Jordán, fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Al salir del agua, se inclinó en la orilla del Jordán, e imploró al Eterno, por fuerza para soportar el conflicto con el adversario caído. La apertura de los cielos, y el descenso de la gloria excelsa, testificaron de su carácter divino. La voz del Padre declaró la conexión estrecha entre Cristo y su infinita Majestad. "Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento". Pronto comenzaría la misión de Cristo. Pero, primero debía apartarse de las escenas bulliciosas de la vida, a un desierto solitario, con el propósito explícito de soportar la triple prueba tentadora, por aquellos que había venido a redimir.

Satanás, una vez un ángel honrado en el cielo, había ambicionado los honores más exaltados que Dios había otorgado a su Hijo. Sintió envidia de Cristo, y dijo a los ángeles, quienes lo honraban como un querubín cubridor, que él no había recibido el honor que su posición exigía. Afirmó que debía ser exaltado en honor, igual que Cristo. Satanás adquirió simpatizantes. Ángeles del cielo se unieron a él, en su rebelión, y con su líder cayeron de su

estado elevado y santo, y por consiguiente, fueron expulsados con él, del cielo.

ADÁN Y EVA EN SU HOGAR EDÉNICO

Dios, en consejo con su Hijo, formuló el plan de crear al hombre a su propia imagen. El hombre sería puesto bajo prueba. Debía ser examinado y probado. Si soportaba la prueba de Dios, y permanecía leal y fiel en el primer examen, no sería acosado con continuas tentaciones, sino que sería elevado a igualdad con los ángeles, y de allí en adelante, sería inmortal.

Adán y Eva salieron de la mano de su Creador perfectos en cada facultad física, mental y espiritual. Dios plantó para ellos un jardín, y los rodeó con todo lo hermoso y atrayente para la vista, y con lo que requerían sus necesidades físicas. Esa pareja santa observaba un mundo de insuperable belleza y gloria. Un Creador benévolos les había dado pruebas de su bondad y amor, al proveerles frutas, vegetales y granos, y al hacer que crecieran en la tierra, árboles de toda variedad para utilidad y belleza.

La santa pareja observaba en la naturaleza un cuadro de insuperable belleza. La tierra oscura estaba revestida con una alfombra de viviente verdor, diversificada con una variedad interminable de flores, que se propagaba y perpetuaba a sí misma. Arbustos, flores, y ondeantes

enredaderas deleitaban los sentidos con su belleza y fragancia. Las muchas clases de árboles nobles, estaban cargados de toda clase de frutas, adaptadas para complacer el gusto, y satisfacer las necesidades de la pareja feliz. Dios proporcionó ese hogar en el Edén para nuestros primeros padres, dándoles evidencias inequívocas del gran amor y cuidado que tenía por ellos.

Adán fue coronado rey en el Edén. Se le dio dominio sobre toda cosa viviente que Dios había creado. El Señor bendijo a Adán y a Eva, con una inteligencia que no había dado a ninguna otra criatura. Hizo a Adán, el legítimo soberano de todas las obras de las manos de Dios. El hombre, hecho a la imagen divina, podía contemplar y apreciar las obras gloriosas de Dios en la naturaleza.

Adán y Eva podían trazar la habilidad y gloria de Dios, en cada brizna de hierba, y en cada arbusto y flor. La belleza natural que los rodeaba, reflejaba cual espejo la sabiduría, la excelencia y el amor de su Padre celestial. Y sus cantos de afecto y alabanza, se elevaban dulce y reverentemente al cielo, armonizando con los cantos de los ángeles excelsos, y con las felices aves que gorjeaban su música, sin ninguna preocupación. No había enfermedad, deterioro, ni muerte. Había vida en todo lo que sus ojos

veían. La atmósfera estaba llena de vida. Había vida en cada hoja, en cada flor, y en cada árbol.

El Señor sabía que Adán no podía ser feliz sin trabajo, por lo tanto, le dio la placentera ocupación de labrar el jardín. Y mientras cuidaba las cosas bellas y útiles a su alrededor, podía contemplar la bondad y la gloria de Dios, en sus obras creadas. Adán tenía temas para la contemplación, en las obras de Dios en el Edén, que era el cielo en miniatura. Dios no formó al hombre meramente para contemplar sus obras gloriosas, por lo tanto, le dio manos para trabajar, así como una mente y un corazón para la contemplación.

Si la felicidad del hombre hubiese consistido en no hacer nada, el Creador no le hubiese asignado a Adán su trabajo. El hombre debía hallar la felicidad, tanto en el trabajo, como en la meditación. Adán podía captar que había sido creado a la imagen de Dios, para ser como Él, en justicia y santidad. Su mente era capaz de un cultivo continuo, de expansión, de refinamiento, y de noble elevación, ya que Dios era su Maestro, y los ángeles eran sus compañeros.

EL PERÍODO DE PRUEBA

El Señor puso al hombre a prueba, a fin de que formase un carácter de firme integridad, para su propia felicidad y para la gloria de su Creador. Había dotado a Adán, con poderes mentales superiores a los de cualquier otra criatura que había creado. Su capacidad mental era sólo un poco inferior que la de los ángeles. Podía familiarizarse con la sublimidad y gloria de la naturaleza, y comprender el carácter de su Padre celestial en sus obras creadas. En medio de las glorias del Edén, todo sobre lo cual descansaba su vista testificaba del amor y el poder infinito de su Padre.

La primera gran lección moral dada a Adán, fue la de la abnegación. Las riendas del dominio propio fueron colocadas en sus manos. El juicio, la razón, y la conciencia debían dominar. "Tomó, entonces, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieras, ciertamente morirás". (Génesis 2:15-17).

A Adán y a Eva se les permitió comer de cada árbol del huerto, con la excepción de uno. Había una sola

prohibición. El árbol prohibido era tan atractivo y bello como cualquiera de los árboles del huerto. Se lo llamaba el árbol de la ciencia, porque al comer de ese árbol, del cual Dios había dicho "no comerás", tendrían un conocimiento del pecado, una experiencia en la desobediencia.

Eva se apartó de su esposo, miraba las bellezas de la naturaleza, deleitaba sus sentidos con los colores y las fragancias de las flores, y admiraba la belleza de los árboles y arbustos. Pensaba en las restricciones que Dios había establecido en cuanto al árbol de la ciencia. Se complacía en la belleza y abundancia que Dios había provisto para satisfacer cada necesidad. Todo esto, dijo ella, nos ha sido dado por Dios para gozarlo. Todo es nuestro, porque Dios ha dicho: "De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás". (Génesis 2:16-17).

Eva se había acercado al árbol prohibido, y se despertó su curiosidad de saber cómo el fruto de ese árbol bello, podía ocultar la muerte. Se sorprendió al escuchar sus propios pensamientos, repetidos por una voz extraña: "¿Conque Dios les ha dicho: No coman de todo árbol del huerto?" Eva no se había dado cuenta que había revelado sus pensamientos, al conversar consigo misma en voz alta.

Por tanto, se asombró al escuchar sus dudas repetidas por una serpiente. Eva realmente pensó que la serpiente conocía sus pensamientos, y que debía ser muy sabia.

Ella le contestó: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer, pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comerán de él, ni le tocarán, para que no mueran. Entonces, la serpiente dijo a la mujer: No morirán, sino que sabe Dios, que el día que coman de él, serán abiertos sus ojos, y serán como Dios, sabiendo el bien y el mal". (Génesis 3:2-5).

Aquí, el padre de la mentira hizo su afirmación en abierta contradicción a la palabra dicha por Dios. Satanás le aseguró a Eva que ella había sido creada inmortal, y que no existía ninguna posibilidad de que muriese. Le dijo que Dios sabía que si ella y su esposo comían del fruto del árbol de la ciencia, su entendimiento sería iluminado, ampliado, y ennoblecido, haciéndolos iguales a Dios. Y la serpiente le contestó a Eva, que el mandato de Dios prohibiéndoles comer del árbol de la ciencia, fue dado para mantenerlos en un estado de sujeción, de manera que no obtuviesen conocimiento que era poder. Le aseguró que el fruto de este árbol, por sobre todos los otros árboles en el jardín, era deseable para hacerlos sabios, y para exaltarlos a

igualdad con Dios. Dijo la serpiente, Él les ha rehusado el fruto del árbol, que sobre todos los árboles, es el más deseable por su sabor delicioso y su influencia vigorizante.

Eva pensó que la plática de la serpiente era muy sabia, y que la prohibición de Dios era injusta. Miró con deseo ardiente el árbol cargado de fruta, que parecía muy deliciosa. La serpiente la estaba comiendo con deleite aparente. Ella anhelaba esa fruta, sobre toda otra variedad que Dios le había dado perfecto derecho a usar.

Eva había exagerado las palabras del mandato de Dios. Él le había dicho a Adán y a Eva: "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás, porque el día que de él comieras, ciertamente morirás". En su discusión con la serpiente, Eva añadió, "Ni lo tocarán, para que no mueran". Aquí, se manifestó la sutileza de la serpiente. Esta declaración de Eva le dio una ventaja. Usando las propias palabras de ella, la serpiente arrancó el fruto, y lo colocó en su mano. "Él ha dicho, si tocan el fruto, morirán. Puedes ver que ningún mal te ha sobrevenido de tocar el fruto. Tampoco te sobrevendrá ningún mal al comerlo".

Eva cedió al argumento engañoso del diablo en la forma de una serpiente. Comió la fruta, y no sintió ningún mal inmediato. Entonces, arrancó la fruta para sí misma y

para su esposo. "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto, y comió, y dio también a su marido, el cual comió así, como ella". (Génesis 3.6).

Adán y Eva deberían haber estado perfectamente satisfechos con el conocimiento de Dios, derivado de sus obras creadas, y recibido por la instrucción de los santos ángeles. Pero, su curiosidad había sido despertada por conocer lo que Dios deseaba que no conocieran. Era para su bien ser ignorantes del pecado. El alto estado de conocimiento, que pensaban adquirir al comer del fruto prohibido, los lanzó en la degradación del pecado y la culpabilidad.

EL PARAÍSO PERDIDO

Adán fue expulsado del Edén, y los ángeles, que antes de su transgresión habían sido comisionados para guardarla en su hogar edénico, ahora fueron comisionados para guardar las puertas del paraíso, y el camino al árbol de la vida, para evitar, si Adán llegase a volver, el acceso al árbol de la vida, y la inmortalización del pecado.

El pecado expulsó al hombre del paraíso, y el pecado causó la remoción del paraíso de la tierra. A consecuencia de la transgresión de la ley de Dios, Adán perdió el paraíso. Por medio de la obediencia a la ley del Padre, y por la fe en la sangre expiatoria de su Hijo, podrá volver a ganarse el paraíso. El arrepentimiento hacia Dios, porque su ley ha sido transgredida, y fe hacia nuestro Señor Jesucristo, el único Redentor del hombre, serán aceptados ante Dios. A pesar de la pecaminosidad del hombre, los méritos del Hijo amado de Dios servirán ante el Padre.

Satanás estaba determinado a tener éxito al tentar a los inmaculados Adán y Eva. Y a través del apetito podía alcanzar aun a esta pareja santa, con mayor éxito que de ninguna otra manera. El fruto del árbol prohibido parecía agradable a los ojos, y deseable al paladar. Ellos comieron

y cayeron. Transgredieron el mandato justo de Dios, y se convirtieron en pecadores. El triunfo de Satanás fue completo. De esa manera, obtuvo el terreno ventajoso sobre la raza. Se jactaba que por su sutileza había frustrado el propósito de Dios en la creación del hombre.

Ante Cristo y los ángeles leales, Satanás se jactó exultante que había logrado ganar una parte de los ángeles celestiales a unirse con él, en su rebelión atrevida. Y al lograr vencer a Adán y Eva, afirmó que el hogar edénico era suyo. Se jactó orgullosamente, que el mundo que Dios había creado, era posesión suya, que al haber conquistado a Adán, el monarca del mundo había ganado a la raza como sus sujetos, y ahora tomaría posesión del Edén, haciéndolo su sede. Establecería allí su trono, y sería el monarca del mundo.

Pero en el cielo, se tomaron medidas inmediatas para derrotar los planes de Satanás. Ángeles poderosos, con rayos de luz que parecían espadas encendidas que se movían en todas direcciones, fueron colocados como centinelas para evitar que Satanás o la pareja culpable, se acercasen al árbol de la vida. Adán y Eva habían perdido todo derecho a su hermoso hogar edénico, y ahora fueron expulsados de él. La tierra fue maldita a causa del pecado

de Adán, y para siempre produciría zarzas y espinas. Mientras viviese, Adán sería expuesto a las tentaciones de Satanás, y finalmente, pasaría por la muerte nuevamente al polvo.

EL PLAN DE LA REDENCIÓN

Se celebró un concilio en el cielo, cuyo resultado fue que el amado Hijo de Dios, se comprometió a redimir al hombre de la maldición, y la desgracia del fracaso de Adán, y conquistar a Satanás. ¡Oh, maravillosa condescendencia! La Majestad del cielo, por amor y compasión por el hombre caído, se propuso ser su sustituto y su garantía. Él llevaría la culpa del hombre. Él recibiría sobre sí, la ira de su Padre, la cual, de otra manera, hubiese caído sobre el hombre a causa de su desobediencia.

La ley de Dios era inmutable. No podía ser abolida, ni ceder la menor parte de sus demandas, para tomar en cuenta la condición caída del hombre. El hombre se había separado de Dios al transgredir su mandato específico, a pesar de que Él le había dado a conocer a Adán las consecuencias de una transgresión tal. El pecado de Adán causó un estado deplorable de las cosas. Ahora, Satanás tendría un control ilimitado sobre la raza, a menos que un ser más poderoso de lo que era Satanás antes de su caída, pelease, lo venciese, y rescatase al hombre.

El alma divina de Cristo se llenó de compasión infinita por la pareja caída. Al ver su condición lamentable y desvalida, y al ver, que al transgredir la ley de Dios, habían

caído bajo el poder y control del príncipe de las tinieblas, Él propuso el único medio que sería aceptable para Dios, que les daría otra oportunidad, y los volvería a poner bajo prueba. Cristo consintió abandonar su honor, su autoridad real, su gloria con el Padre, y para redimir al hombre, humillarse hasta la humanidad, y contender con el poderoso príncipe de las tinieblas. Por medio de su humillación y pobreza, Cristo se identificaría con las debilidades de la raza caída, y con obediencia firme, mostraría que el hombre podría redimir el fracaso desgraciado de Adán, y con obediencia humilde, recuperar el Edén perdido.

La gran obra de la redención, sólo podría llevarse a cabo si el Redentor tomaba el lugar del Adán caído. Cargando los pecados del mundo, Él recorrería el terreno donde Adán tropezó. Soportaría una prueba infinitamente más severa que la que Adán fue incapaz de soportar. Vencería en lugar del hombre, y conquistaría al tentador, para que a través de su obediencia, su pureza de carácter, y su firme integridad, su justicia pudiese ser imputada al hombre. De esa manera, por medio de su nombre, el hombre podría conquistar al enemigo en su propio favor.

¡Qué amor! ¡Qué admirable condescendencia! ¡El Rey de gloria dispuesto a humillarse hasta el nivel de la humanidad caída! Colocaría sus pies en las pisadas de Adán. Tomaría la naturaleza caída del hombre, y entraría en combate contra el poderoso enemigo, que triunfó sobre Adán. Vencería a Satanás, y al hacerlo, abriría el camino para redimir a todos los que creyesen en Él, de la ignominia del fracaso, y la caída de Adán.

Ángeles bajo prueba habían sido engañados por Satanás, y guiados por él, en la gran rebelión en el cielo contra Cristo. Ellos no soportaron la prueba impuesta, y cayeron. Entonces, Adán fue creado a la imagen de Dios, y puesto bajo prueba. Su organismo estaba perfectamente desarrollado. Todas sus facultades estaban en armonía. En todas sus emociones, palabras, y acciones había una conformidad perfecta a la voluntad de su Hacedor. Después de haber hecho toda provisión para la felicidad del hombre, y suplido todas sus necesidades, Dios probó su lealtad. Si la pareja santa obedecía, con el tiempo la raza sería hecha igual a los ángeles. Debido a que Adán y Eva no soportaron esta prueba, Cristo se dispuso a entregarse como una ofrenda voluntaria para el hombre.

Satanás sabía, que si Cristo era en verdad el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, su venida desde los atrios reales del cielo a un mundo caído no presagiaba nada bueno para él. Temió que de ahí en adelante, su poder sería limitado, sus planes engañosos serían discernidos y expuestos, y su influencia sobre el hombre se debilitaría. Temió que su dominio y control sobre los reinos del mundo, serían disputados. Recordó las palabras de Jehová, cuando se lo mandó a comparecer ante su presencia con Adán y Eva, a quienes había arruinado con sus engaños. "Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya, ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". (Génesis 3.15). En esta declaración al hombre, se hallaba la primera promesa evangélica.

Sin embargo, cuando estas palabras fueron pronunciadas, Satanás no las comprendió plenamente. Él sabía que incluían una maldición para él, porque él había seducido a la santa pareja. Y cuando Cristo se manifestó en la tierra, Satanás temió que fuese verdaderamente el Prometido, que limitaría su poder y finalmente lo destruiría.

Satanás tenía un interés especial en observar el desarrollo de los eventos inmediatamente después de la caída de Adán, para descubrir cómo su obra había

afectado el reino de Dios, y qué haría el Señor con Adán a causa de su desobediencia.

Al comprometerse para redimir la raza, el Hijo de Dios colocó a Adán en una nueva relación hacia su Creador. Aún era caído, pero se le abrió una puerta de esperanza. Todavía pendía la ira de Dios sobre Adán, pero la ejecución de la condena de muerte fue postergada, y la indignación de Dios fue contenida, porque Cristo había comenzado la obra de ser el Redentor del hombre. Cristo recibiría la ira de Dios, la cual justamente debiera caer sobre el hombre. Él se convirtió en un refugio para el hombre, y a pesar de que el hombre era verdaderamente un malhechor merecedor de la ira de Dios, sin embargo podía, por la fe en Cristo, correr al refugio provisto, y salvarse. En medio de la muerte había vida, si el hombre elegía aceptarla. El Dios santo e infinito que habita en luz inaccesible, ya no podía hablar con el hombre. Ya no podría existir ninguna comunicación directa entre el hombre y su Creador.

Dios retiene, por un tiempo, la plena ejecución de la sentencia de muerte pronunciada sobre el hombre. Satanás se lisonjeaba de que para siempre había roto el vínculo entre el cielo y la tierra. Pero en esto se equivocó grandemente, y quedó chasqueado. El Padre había puesto

el mundo en las manos de su Hijo, para que lo redimiera de la maldición, la ignominia del fracaso, y la caída de Adán. Ahora, el hombre sólo puede hallar acceso a Dios a través de Cristo. Y solamente a través de Cristo, se comunicará el Señor con el hombre.

Cristo se ofreció para mantener y vindicar la santidad de la ley divina. En la obra para redimir al hombre, no debía abolir la más mínima parte de sus demandas, sino que para salvar al hombre, y mantener las demandas sagradas y la justicia de la ley de su Padre, se entregó a sí mismo como un sacrificio por la culpabilidad del hombre. La vida de Cristo, en ningún momento les restó valor a las demandas de la ley de su Padre, sino que con firme obediencia a todos sus preceptos, y al morir por los pecados de los que la habían transgredido, Él estableció su inmutabilidad.

Después de la transgresión de Adán, Satanás vio que la ruina era completa. La raza humana fue llevada a una condición deplorable. La comunicación del hombre con Dios fue interrumpida. El plan de Satanás era que el estado del hombre fuese el mismo que el de los ángeles caídos en rebelión contra Dios, y sin alegrarlos un rayo de esperanza. Él razonó, que si Dios perdonaba al pecador a quien Él había creado, también lo perdonaría a él y a sus ángeles, y

los recibiría de nuevo a su favor. Pero quedó decepcionado.

El divino Hijo de Dios vio que únicamente su propio brazo era capaz de salvar al hombre caído, y se propuso ayudar al hombre. Dejó perecer a los ángeles caídos en su rebelión, pero extendió su mano para rescatar al hombre que perecía. Se trató a los ángeles rebeldes, conforme a la luz y a la experiencia que habían gozado abundantemente en el cielo. Satanás, el jefe de los ángeles caídos, una vez ocupó una excelsa posición en el cielo. Seguía a Cristo en jerarquía. El conocimiento que él, como también los ángeles que cayeron con él, tenían del carácter de Dios, de su bondad, su misericordia, su sabiduría, y su excelsa gloria, hizo imperdonable su culpa.

No había esperanza posible de redención, para los que habían sido testigos y disfrutado de la inefable gloria del cielo, visto la terrible majestad de Dios, y se habían rebelado contra Él, a pesar de toda esa gloria. No había nuevas y maravillosas manifestaciones del excelso poder de Dios, que pudieran impresionarlos tan profundamente como las que ya habían experimentado. Si pudieron rebelarse en la misma presencia de la gloria inefable, no podían ser colocados en una condición más favorable para

ser puestos a prueba. No había disponible una fuerza de poder, ni mayores alturas y profundidades de la gloria infinita, para subyugar sus celosas dudas, y sus murmuraciones de rebeldía. Su culpabilidad y su castigo debían ser en proporción a sus excelsos privilegios en las cortes celestiales.

LAS OFRENDAS Y LOS SACRIFICIOS

Debido a su culpa, el hombre caído ya no podía ir directamente delante de Dios con sus súplicas, ya que su transgresión de la ley divina había colocado una barrera infranqueable entre el Dios santo y el transgresor. Pero se ideó un plan para que la sentencia de muerte recayera sobre un sustituto. Debía haber el derramamiento de sangre en el plan de redención, porque la muerte tenía que ocurrir como consecuencia del pecado del hombre. Los animales de los sacrificios debían prefigurar a Cristo. En la víctima inmolada, el hombre debía ver el cumplimiento de las palabras de Dios: "Ciertamente morirás". Y el flujo de la sangre de la víctima, también significaría una expiación. No había virtud en la sangre de los animales, pero el derramamiento de la sangre de las bestias señalaría un Redentor que vendría al mundo un día, y moriría por los pecados de los hombres. Y de esa manera, Cristo vindicaría plenamente la ley de su Padre.

Con profundo interés, Satanás observó cada evento relacionado con las ofrendas de sacrificio. La devoción y la solemnidad, relacionadas con el derramamiento de la sangre de la víctima, le produjeron gran inquietud. Para él, esta ceremonia estaba revestida de misterio, pero no era

un alumno lento, y pronto aprendió que las ofrendas de sacrificio simbolizaban alguna expiación futura para el hombre. Vio que estas ofrendas significaban el arrepentimiento del pecado. Esto no concordaba con sus propósitos, e inmediatamente comenzó a trabajar en el corazón de Caín, para inducirlo a la rebelión contra la ofrenda de sacrificio, que prefiguraba a un Redentor que vendría.

El arrepentimiento de Adán, manifestado por su tristeza por su transgresión, y su esperanza de la salvación por Cristo, demostrado por sus obras en los sacrificios que ofrecía, decepcionaron a Satanás. Esperaba lograr que Adán se uniese con él eternamente en sus quejas contra Dios, y su rebelión contra su autoridad. Caín y Abel representaban las dos grandes clases. Abel, como sacerdote, ofreció su sacrificio con fe solemne. Caín estaba dispuesto a ofrecer los frutos de la tierra, pero rehusó conectar con su ofrenda, la sangre de bestias. Su corazón rehusó mostrar con la ofrenda de la sangre de animales, su arrepentimiento del pecado, y su fe en un Salvador. Rehusó reconocer su necesidad de un Redentor. Para su corazón orgulloso, eso era dependencia y humillación.

Pero Abel, por fe en un Redentor que vendría, ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que Caín. Al ofrecer la sangre de animales, daba a conocer que era un pecador, y que tenía pecados a los que renunciar, y que estaba arrepentido y creía en la eficacia de la sangre de la gran ofrenda futura. Satanás es el padre de la incredulidad, las quejas, y la rebelión. Llenó a Caín con duda y furor, contra su hermano inocente y contra Dios, porque su sacrificio fue rehusado, y el de Abel fue aceptado, y asesinó a su hermano en su insano furor.

Las ofrendas de sacrificio fueron instituidas para ser una promesa permanente al hombre del perdón de Dios, a través de la gran ofrenda que sería hecha, simbolizada por la sangre de animales. Por medio de esta ceremonia, el hombre mostraba arrepentimiento, obediencia, y fe en un Redentor que vendría. Lo que hizo ofensiva ante Dios la ofrenda de Caín, fue su falta de sumisión y obediencia al rito que Él había establecido. Él creyó que su propio plan de ofrecer a Dios meramente los frutos de la tierra, era más noble, y no tan humillante como la ofrenda de la sangre de animales, que mostraba una dependencia en otro, y expresaba su propia debilidad y pecaminosidad. Caín despreció la sangre de la expiación.

Al transgredir la ley de Jehová, Adán había abierto la puerta a Satanás, quien había plantado su bandera en medio de la primera familia. Se le hizo comprender, que verdaderamente la paga del pecado es muerte. Al engañar a nuestros primeros padres, Satanás pensaba obtener el Edén, pero en esto quedó decepcionado. En vez de asegurarse el Edén, ahora temía perder todo lo que había demandado del Edén. Su astucia pudo trazar el significado de estas ofrendas, que señalaban al hombre hacia un Redentor, y por el momento, constituyán una expiación típica por el pecado del hombre caído, y abrían una puerta de esperanza para la raza.

La rebelión de Satanás contra Dios fue muy resuelta. Se esforzó, en su lucha contra el reino de Dios, con una perseverancia y fuerza dignos de una causa mejor.

EL APETITO Y LA PASIÓN

En los días de Noé, el mundo había llegado a ser tan corrupto debido a la complacencia del apetito y las pasiones degradantes, que Dios destruyó a sus habitantes con las aguas del diluvio. Y a medida que los hombres se multiplicaron nuevamente sobre la tierra, la complacencia del vino, llevada hasta la embriaguez, pervirtió los sentidos, y preparó el camino para el comer carne en exceso, y el fortalecimiento de las pasiones animales. Los hombres se levantaron contra el Dios del cielo, y dedicaron sus facultades y oportunidades a la glorificación propia, en vez de honrar a su Creador. A Satanás le resultó fácil ganar acceso a los corazones de los hombres. Él es un estudiante diligente de la Biblia, y conoce las profecías mucho mejor que muchos maestros religiosos. Él sabe que le conviene mantenerse bien informado de los propósitos revelados de Dios, para poder derrotar los planes del Infinito.

Así es que los incrédulos frecuentemente estudian las Escrituras con mayor diligencia que algunos que profesan ser guiados por ellas. Algunos impíos escudriñan las Escrituras para familiarizarse con las verdades de la Biblia, y armarse con argumentos que hagan parecer que la Biblia se contradice. Y por descuidar su estudio, muchos profesos

cristianos son tan ignorantes de la Palabra de Dios, que los enceguece el razonamiento engañoso de los que pervierten las verdades sagradas, a fin de apartar las almas de los consejos de Dios en su Palabra.

Satanás vio en las ofrendas simbólicas a un Redentor que vendría y rescataría al hombre de su control. Formuló planes profundos para controlar, de generación en generación, los corazones de los hombres, y cegar su entendimiento de las profecías, a fin de que cuando llegase Jesús, la gente no lo aceptase como su Salvador.

Dios designó a Moisés para conducir a su pueblo de su esclavitud en la tierra de Egipto, para que se consagrassen a servirle con corazones perfectos, y fuesen su especial tesoro. Moisés era su líder visible, mientras que Cristo, que estaba a la cabeza de los ejércitos de Israel, era su Líder invisible. Si siempre se hubiesen dado cuenta de esto, no se hubiesen rebelado ni provocado a Dios en el desierto, con sus murmuraciones irrazonables. Dijo Dios a Moisés, "He aquí yo envío mi Ángel delante de ti, para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de él, y oye su voz; no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión, porque mi nombre está en él" (Éxodo 23:20-21).

Cuando Cristo, como el ángel guiador y protector, condescendió a guiar los ejércitos de Israel a través del desierto a Canaán, Satanás se irritó, porque sintió que su poder no podría controlarlos tan eficazmente. Pero al ver que con sus sugerencias, los ejércitos de Israel eran fácilmente influenciados e incitados a la rebelión, esperaba inducirlos a la murmuración y el pecado, lo cual haría descender sobre ellos la ira de Dios. Y al ver que los hombres se sometían a su poder, aumentó la audacia de sus tentaciones, incitándolos a crímenes y violencia.

Mediante las tácticas de Satanás, cada generación se estaba debilitando más en fuerza física, mental, y moral. Esto le dio valor para pensar que cuando Cristo fuese manifestado personalmente, podría vencer en su guerra contra Él.

A partir de Adán, unos pocos de cada generación resistieron todas sus artes, y se destacaron como nobles representantes de lo que está en el poder del hombre hacer y ser, cuando Cristo obra con los esfuerzos humanos para ayudar al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los representantes correctos de lo que la raza podría ser, mediante la fe en nuestro Señor Jesucristo. Satanás se molestó en gran manera, porque estos hombres

nobles y santos se mantuvieron inmaculados en medio de la corrupción moral que los rodeaba, perfeccionando caracteres justos, y fueron considerados dignos de ser trasladados al cielo. Como se mantuvieron inquebrantables en su poder moral, en noble rectitud, venciendo las tentaciones de Satanás, éste no pudo colocarlos bajo el dominio de la muerte. Él se alegró de haber tenido poder para vencer a Moisés con sus tentaciones, de haber podido manchar su carácter ilustre, e inducirlo al pecado de tomar para sí, ante el pueblo, la gloria que pertenecía a Dios.

Cristo resucitó a Moisés y lo llevó al cielo. Esto enfureció a Satanás, y acusó al Hijo de Dios de haber invadido su dominio, al robar de la tumba su presa legítima. Dice Judas de la resurrección de Moisés, "Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda" (Judas 9).

Cuando Satanás logra tentar a hombres, a quienes Dios ha honrado especialmente, a cometer graves pecados, él triunfa; porque ha ganado una gran victoria para sí mismo, y causado daño al reino de Cristo.

AMENAZA AL REINO DE SATANÁS

Cuando nació Jesús, Satanás vio las planicies de Belén iluminadas con la brillante gloria de una multitud de ángeles celestiales. Escuchó su canto: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” El príncipe de las tinieblas vio a los pastores llenos de temor al contemplar las planicies iluminadas. Temblaban ante la exhibición de una gloria anonadante, que parecía abrumar los sentidos. Y el mismo jefe de la rebelión también tembló ante la declaración del ángel: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo, que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:10-11). Satanás había logrado buen éxito con el plan ideado para arruinar al hombre, y se había vuelto audaz y poderoso. Había controlado las mentes y los cuerpos de los hombres, desde Adán hasta el primer advenimiento de Cristo. Pero ahora Satanás estaba turbado y alarmado por su reino y su vida.

Satanás sabía, que el canto de los mensajeros celestiales que proclamaba el advenimiento del Salvador a un mundo caído, y el gozo expresado ante ese gran acontecimiento, no presagiaban nada bueno para él.

Oscuros presentimientos se despertaron en su mente, en cuanto a la influencia que ese advenimiento tendría sobre su reino. Preguntó si Éste sería el que había de venir para disputar su poder, y derribar su reino. Desde su nacimiento, consideró a Cristo como su rival. Suscitó la envidia y celos de Herodes para destruir a Cristo, insinuándole que su poder y su reino serían entregados a este nuevo Rey. Llenó a Herodes con los mismos sentimientos y temores que perturbaban su propia mente. Inspiró la mente corrompida de Herodes a matar a todos los niños en Belén de dos años para abajo, pensando que con ese plan lograría eliminar de la tierra al niño Rey.

Sin embargo, Satanás ve un poder mayor obrando en contra de sus planes. Los ángeles de Dios protegieron la vida del niño Redentor. En un sueño, José recibió advertencia de huir a Egipto, y hallar en una tierra pagana asilo para el Redentor del mundo. Satanás lo siguió desde la infancia hasta la niñez, y de la niñez hasta la virilidad, inventando medios y maneras para seducirlo a abandonar su lealtad a Dios, y vencerlo con sus tentaciones sutiles. La pureza inmaculada de la niñez, juventud, y edad adulta de Cristo, la cual Satanás no logró manchar, lo enfadó sobremanera. Todos sus dardos y flechas tentadores caían inocuos ante el Hijo de Dios. Y cuando vio que todas sus

tentaciones no habían prevalecido para apartar a Cristo de su firme integridad, ni estropear la pureza inmaculada del joven galileo, quedó confundido y enfurecido. Consideraba a ese joven como un enemigo del cual debía sentir pavor y temor.

Que anduviese en la tierra uno con poder moral para rebatir todas sus tentaciones, resistir todos sus sobornos atractivos para inducirlo a pecar, y sobre quien no podía lograr ventaja alguna para separarlo de Dios, irritaba y enfurecía su majestad satánica.

La niñez, juventud y edad adulta de Juan, quien vino con el espíritu y el poder de Elías, para hacer una obra especial de preparar el camino para el Redentor del mundo, se distinguieron por su firmeza y poder moral. Satanás no podía conmover su integridad. Cuando se escuchó la voz de este profeta en el desierto, "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas", Satanás temió por su reino. Sintió que la voz, clamando en el desierto en tonos de una trompeta, había hecho temblar a los pecadores bajo su control. Vio que su poder sobre muchos había sido quebrantado. La pecaminosidad del pecado había sido revelada de tal manera, que los hombres se alarmaron, y algunos, al arrepentirse de sus pecados,

hallaron el favor de Dios, y obtuvieron poder moral para resistir sus tentaciones.

Él estuvo presente cuando Cristo se presentó a Juan para el bautismo. Oyó la voz majestuosa que resonó por el cielo y retumbó por la tierra, como los estrépitos de truenos. Vio destellar relámpagos de los cielos sin nubes, y oyó las terribles palabras de Jehová, "Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". Vio el fulgor de la gloria del Padre rodear la figura de Jesús, destacando, con seguridad inconfundible entre la multitud, a Aquel a quien reconocía como a su Hijo. Las circunstancias conectadas con esta escena bautismal habían despertado en el pecho de Satanás un odio intensísimo. Se dio cuenta con seguridad que, a menos que pudiera vencer a Cristo, de allí en adelante habría un límite para su poder. Comprendió que ese mensaje del trono de Dios significaba que el hombre podía llegar más directamente al cielo que antes.

Cuando Satanás indujo al hombre a pecar, esperaba que el odio que Dios tiene por el pecado lo separase para siempre del hombre, y rompiese el vínculo entre el cielo y la tierra. Los cielos abiertos, y la voz de Dios que se dirigía a su Hijo, fueron para Satanás como el sonido de un toque de difuntos. Temía que ahora Dios estaba por unir consigo

al hombre más estrechamente, y que le daría fortaleza para vencer sus engaños. Y con ese propósito había venido Cristo a la tierra de los atrios reales. Satanás conocía bien la posición de honor que Cristo había ocupado en el cielo como el Hijo de Dios, el amado del Padre. Y el hecho de que Él hubiese dejado el cielo, y como hombre viniese a este mundo, lo llenó de aprensión por su propia seguridad. No podía comprender el misterio de ese gran sacrificio para beneficio del hombre caído. Él sabía que el valor del cielo supera grandemente la anticipación y el aprecio del hombre caído. Él sabía que los tesoros más costosos del mundo no podrían compararse con su valor. Debido a que había perdido todas las riquezas y glorias puras del cielo a causa de su rebelión, resolvió vengarse induciendo a todos los que pudiese a subestimar el cielo, y poner sus afectos en los tesoros terrenales.

Para el alma egoísta de Satanás, era incomprensible que pudiese existir tanta benevolencia y amor hacia la raza engañada, que indujese al Príncipe del cielo a abandonar su hogar, y venir a un mundo estropeado por el pecado, y marchito por la maldición. Él tenía conocimiento, que el hombre no poseía, del valor incalculable de las riquezas eternas. Él había experimentado la pura alegría, la paz, la excelsa santidad, y los gozos incontaminados de la morada

celestial. Había sentido, antes de su rebelión, la satisfacción de la completa aprobación de Dios. En ese entonces, había gozado plenamente de la gloria que rodeaba al Padre, y sabía que su poder no tenía límites.

Satanás sabía lo que había perdido. Ahora temía que su imperio sobre el mundo fuese impugnado, su derecho disputado, y su poder quebrantado. Sabía por las profecías que un Salvador había sido anunciado, y su reino no se establecería con un triunfo terrenal, y con honores mundanos y ostentación. Sabía que profecías antiguas predecían un reino que sería establecido por el Príncipe del cielo sobre la tierra, que él afirmaba era suya. Ese reino abarcaría todos los reinos del mundo, y entonces cesarían su poder y gloria, y él recibiría su justo castigo por los pecados que había introducido en el mundo, y por la desgracia que había traído sobre el hombre. Sabía que, todo lo que atañía a su prosperidad, dependía de su éxito o fracaso en vencer a Jesús con sus tentaciones en el desierto. Para seducirlo de su lealtad, aplicó al Salvador toda la artimaña y fuerza de sus poderosas tentaciones.

Al hombre le es imposible conocer la fuerza de las tentaciones de Satanás al Hijo de Dios. Cada tentación que parece afligir tanto al hombre en su vida diaria, tan difícil

de resistir y vencer, fue infligida al Hijo de Dios en un grado tanto mayor, cuanto más superior es la excelencia de su carácter que la del hombre caído.

Cristo fue tentado en todo según nuestra semejanza. Como el representante del hombre, soportó la prueba más apremiante y difícil de Dios. Enfrentó la fuerza más grande de Satanás. Por el hombre, Cristo ha experimentado y conquistado sus tentaciones más astutas. Es imposible para el hombre ser tentado más de lo que puede soportar, mientras confíe en Jesús, el Conquistador infinito.

LA TENTACIÓN

Cristo no estuvo en una situación tan favorable para resistir las tentaciones de Satanás en el desolado desierto, como lo estuvo Adán cuando fue tentado en el Edén. El Hijo de Dios se humilló, y tomó la naturaleza del hombre después de que la raza humana se había apartado cuatro mil años del Edén, y de su estado original de pureza y rectitud. Durante siglos, el pecado había estado dejando sus huellas terribles sobre la raza, y la degeneración física, mental, y moral, prevalecía en toda la familia humana.

Cuando Adán fue atacado por el tentador en el Edén, estaba sin mancha de pecado. Estaba delante de Dios en la fuerza de su perfecta virilidad. Todos los órganos y facultades de su ser estaban igualmente desarrollados, y armoniosamente equilibrados.

En el desierto de la tentación, Cristo estuvo en el lugar de Adán para soportar la prueba que éste no había podido resistir. Ahí venció Cristo en lugar del pecador, cuatro mil años después de que Adán dio la espalda a la luz de su hogar. Separada de la presencia de Dios, en cada generación sucesiva, la familia humana se había apartado cada vez más de la pureza, la sabiduría, y los conocimientos originales que había poseído Adán en el

Edén. Cristo llevó los pecados y las debilidades de la raza humana tal como existían cuando vino a la tierra para ayudar al hombre. Con las debilidades del hombre caído sobre él, en favor de la raza humana había de soportar las tentaciones de Satanás en todos los puntos en los que podría ser atacado el hombre.

Adán estuvo rodeado con todo lo que podía desear su corazón. Estaba atendida cada necesidad suya. No había pecado ni señales de corrupción en el glorioso Edén. Los ángeles de Dios conversaban libre y cariñosamente con la santa pareja. Las felices aves cantoras gorjeaban despreocupadas sus gozosos cantos de alabanza a su Creador. Las bestias pacíficas, en su feliz inocencia, jugaban en torno de Adán y Eva, obedientes a la palabra de ellos. Adán se hallaba en la perfección de su virilidad, la más noble obra del Creador. Había sido creado a la imagen de Dios, sólo un poco inferior a los ángeles.

CRISTO, EL SEGUNDO ADÁN

Qué contraste presentó el segundo Adán cuando fue al sombrío desierto para hacer frente a Satanás sin ninguna ayuda. Desde la caída, la raza humana había estado disminuyendo en tamaño y en fortaleza física, y hundiéndose más profundamente en la escala de valor moral, hasta el período del advenimiento de Cristo a la tierra. Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde estaba. Él tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre. El que no conoció pecado, llegó a ser pecado por nosotros. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más hondas del infortunio humano, a fin de poder estar calificado para alcanzar al hombre, y elevarlo de la degradación en la cual el pecado lo había hundido.

“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10).

“Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9).

"Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:17-18).

"Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

Desde el comienzo de su rebelión, Satanás había estado en guerra contra el gobierno de Dios. El éxito que tuvo al tentar a Adán y Eva en el Edén, e introducir el pecado en el mundo, había envalentonado a este archienemigo, y se había jactado orgullosamente ante los ángeles celestiales, de que cuando apareciera Cristo tomando la naturaleza del hombre, sería más débil que él [que Satanás], y lo vencería mediante su poder.

Se regocijaba de que Adán y Eva en el Edén no pudieron resistir sus insinuaciones cuando recurrió a su apetito. De la misma manera venció a los habitantes del mundo antiguo, por medio de la complacencia del apetito concupiscente, y las pasiones corruptas. Mediante la

complacencia del apetito había vencido a los israelitas. Se jactaba de que el mismo Hijo de Dios, que estuvo con Moisés y Josué, no pudo resistir a su poder y guiar hasta Canaán al pueblo favorecido por su elección, pues murieron en el desierto casi todos los que salieron de Egipto. También había tentado a Moisés, el hombre manso, para que se apoderara de la gloria que Dios demandaba. Mediante la complacencia del apetito y las pasiones, había inducido a David y a Salomón, que habían sido especialmente favorecidos por Dios, a incurrir el desagrado de Dios. Y se jactaba de que todavía podría tener éxito en frustrar el propósito de Dios de salvar al hombre mediante Jesucristo.

En el desierto de la tentación, Cristo estuvo sin alimento cuarenta días. En ocasiones especiales, Moisés había estado ese mismo período sin alimento. Pero no sintió las angustias del hambre. No fue tentado y acosado como el Hijo de Dios, por un enemigo vil y poderoso. Moisés fue elevado por encima de lo humano. Fue sostenido especialmente por la gloria de Dios que lo rodeaba.

LOS TERRIBLES EFECTOS DEL PECADO

Satanás había tenido tanto éxito al engañar a los ángeles de Dios y arruinar al noble Adán, que pensó que lograría vencer a Cristo en su humillación. Eufórico de placer, contempló el resultado de sus tentaciones, y el aumento del pecado en las continuas transgresiones de la ley de Dios, durante más de cuatro mil años. Había provocado la ruina de nuestros primeros padres, había traído el pecado y la muerte al mundo, y había llevado a la ruina a multitudes de todas las edades, países, y clases. Por su poder, había controlado ciudades y naciones, hasta que sus pecados provocaron la ira de Dios a destruirlos por fuego, agua, terremotos, espada, hambruna, y pestilencia. Mediante su astucia y esfuerzos incansables, había controlado el apetito, y excitado y fortalecido las pasiones, hasta tal punto que había desfigurado y casi borrado la imagen de Dios en el hombre. Hasta tal punto habían sido destruidas la dignidad física y moral del hombre, que no tenía sino un vago parecido, en carácter y noble perfección, de forma al digno Adán en el Edén.

En el primer advenimiento de Cristo, Satanás había degradado al hombre de su excelsa pureza original, y con el pecado había empañado ese carácter áureo. Había

transformado al hombre, a quien Dios había creado soberano en el Edén, en un esclavo en la tierra que gemía bajo la maldición del pecado. Después de su transgresión, desapareció el halo de gloria que Dios le había dado al santo Adán para cubrirlo como un manto. La luz de la gloria de Dios no podía cubrir la desobediencia y el pecado. En lugar de la salud y la plenitud de bendiciones, la pobreza, la enfermedad, y todo tipo de sufrimiento habían de ser el destino de los hijos de Adán.

Por su poder seductor, Satanás había guiado a los hombres a filosofías vanas, a poner en duda, y finalmente, a no creer en la revelación divina y la existencia de Dios. Con triunfo diabólico por haber logrado tanto éxito oscureciendo la senda de tantos, e induciéndolos a transgredir la ley de Dios, contemplaba a su alrededor un mundo de miseria moral, y una raza expuesta a la ira de un Dios que retribuye pecado. Revestía el pecado con atracciones agradables, para lograr la ruina de muchos.

Pero su estratagema de mayor éxito para engañar al hombre, ha sido el de ocultar sus verdaderos propósitos y su verdadero carácter, presentándose a sí mismo como amigo del hombre, un benefactor de la raza. Halaga a los hombres con la fábula agradable de que no hay un

enemigo rebelde, ningún enemigo mortal del cual necesitan precaverse, y que la existencia de un diablo personal es pura ficción. Mientras así oculta su existencia, reúne a miles bajo su dominio. Engaña a muchos, tal como trató de engañar a Cristo, diciéndoles que él es un ángel del cielo que hace una buena obra para la humanidad. Y las multitudes están tan cegadas por el pecado, que no pueden discernir los artificios de Satanás, y al paso que él está realizando su ruina eterna, ellos lo honran como honrarían a un ángel celestial.

LA PRIMERA TENTACIÓN DE CRISTO

Cristo había entrado al mundo como el destructor de Satanás, y el Redentor de los cautivos sujetos por su poder. Con su propia vida victoriosa dejaría un ejemplo que el hombre pudiese seguir, y así vencer las tentaciones de Satanás.

Tan pronto como Cristo entró en el desierto de la tentación, cambió su rostro. Desaparecieron la gloria y el esplendor reflejados del trono de Dios y de su rostro, cuando se abrieron los cielos ante él, y la voz del Padre lo reconoció como a su Hijo en quien se complacía. El peso de los pecados del mundo presionaba su alma, y su rostro expresaba un dolor indecible, una angustia profunda que el hombre caído nunca había experimentado. Sintió la abrumadora marea de desdicha que inundaba el mundo. Comprendió la fuerza del apetito complacido, y las pasiones impías que controlaban el mundo, y habían causado sufrimientos inexpresables al hombre.

La complacencia del apetito había estado aumentando y fortaleciendo con cada generación sucesiva desde la transgresión de Adán, hasta que la raza humana había quedado tan debilitada en su poder moral, que no podía vencer con su propia fuerza. En el lugar de la raza humana,

Cristo debía vencer el apetito, soportando en este punto la prueba más poderosa. Había de recorrer solo el camino de la tentación, y no debía haber nadie que lo ayudara, nadie que lo consolara ni sostuviera. Debía luchar solo con los poderes de las tinieblas.

Puesto que, en su fuerza humana, el hombre no podía resistir el poder de las tentaciones de Satanás, Jesús se ofreció para emprender la obra, y llevar la carga en favor del hombre, y vencer en su lugar el poder del apetito. En lugar del hombre, debía mostrar una abnegación, perseverancia, y firmeza de principios, mayores que las punzadas mortificantes del hambre. Debía demostrar un poder de control más fuerte que el hambre, y aun que la muerte.

EL SIGNIFICADO DE LA PRUEBA

Cuando Cristo soportó la prueba de la tentación sobre el apetito, no estaba en el bello Edén, como en el caso de Adán, con la luz y el amor de Dios que se veían doquiera descansaban sus ojos. Por el contrario, estaba en un desierto árido y desolado, rodeado de bestias salvajes. Todo lo que lo rodeaba era repulsivo. En ese ambiente, ayunó cuarenta días y cuarenta noches, "y no comió nada en aquellos días" (Lucas 4:2). Estaba macilento por el largo ayuno, y experimentó la más aguda sensación de hambre. Ciertamente, su rostro estaba más desfigurado que el de los hijos de los hombres.

Así entró Cristo en su vida de conflicto para vencer al poderoso enemigo, sobrellevando precisamente la misma prueba que Adán no había soportado, a fin de que, teniendo éxito en el conflicto, pudiese quebrantar el poder de Satanás, y redimir a la raza de la desgracia de la caída.

Todo se perdió cuando Adán se rindió al poder del apetito. El Redentor, en quien se unían tanto lo humano como lo divino, estuvo en el lugar de Adán, y soportó un terrible ayuno de casi seis semanas. La duración de este ayuno es la mayor evidencia de la gran pecaminosidad del

apetito depravado, y el poder que tiene sobre la familia humana.

La humanidad de Cristo alcanzó las profundidades mismas de la miseria humana, y se identificó con las debilidades y necesidades del hombre caído, al paso que su naturaleza divina se aferraba del Eterno. Su obra de llevar la culpa de la transgresión del hombre, no fue hecha para autorizar al hombre a que siga violando la ley de Dios; porque la transgresión convirtió al hombre en deudor ante la ley, y Cristo mismo estaba pagando esa deuda con su propio sufrimiento. Las pruebas y sufrimientos de Cristo debían impresionar al hombre, con un sentido de su gran pecado al quebrantar la ley de Dios, y llevarlo al arrepentimiento y a la obediencia de esa ley, y mediante la obediencia, a la aceptación con Dios. Él imputaría su justicia al hombre, y así lo elevaría en valor moral ante Dios, de modo que fuesen aceptables sus esfuerzos para guardar la ley divina. La obra de Cristo era reconciliar al hombre con Dios, mediante su naturaleza humana, y a Dios con el hombre, mediante su naturaleza divina.

Tan pronto como comenzó el largo ayuno de Cristo, Satanás estuvo cerca con sus tentaciones. Rodeado de luz, vino a Cristo afirmando ser uno de los ángeles del trono de

Dios, enviado en una misión de misericordia para simpatizar con él, y aliviarlo de su condición doliente. Trató de hacerle creer a Cristo, que Dios no le requería pasar por la abnegación y los sufrimientos que Él anticipaba; que había sido enviado del cielo para darle el mensaje de que Dios sólo quería probar su disposición para soportar.

Satanás le dijo a Cristo que sólo debía colocar sus pies sobre la senda teñida en sangre, pero que no había de recorrerla. A semejanza de Abrahán, estaba siendo probado para demostrar su perfecta obediencia. También declaró que él era el ángel que detuvo la mano de Abrahán, cuando levantó el cuchillo para matar a Isaac, y que ahora había venido para salvarle la vida; que no era necesario que Él soportase esa dolorosa hambre, y la muerte por inanición; que él lo ayudaría a efectuar la obra en el plan de salvación.

El Hijo de Dios se apartó de todas esas tentaciones sagaces, y se mantuvo firme en su propósito de llevar a cabo, en cada detalle, en el espíritu, y en la misma letra, el plan que había sido ideado para la redención de la raza caída. Pero Satanás tenía múltiples tentaciones preparadas para entrampar a Cristo y aventajarlo. Si fracasaba en una tentación, probaría otra. Pensaba que tendría éxito, porque

Cristo se había humillado como hombre. Se jactaba que en su apariencia fingida como uno de los ángeles celestiales, no podría ser descubierto. Pretendió dudar de la divinidad de Cristo, debido a su apariencia macilenta, y los alrededores desagradables.

Cristo sabía que, al tomar la naturaleza del hombre, no tendría una apariencia igual a la de los ángeles del cielo. Satanás lo instó a que si realmente era el Hijo de Dios, le diese evidencia de su carácter excelsa. Se acercó a Cristo con tentaciones sobre el apetito. En ese punto había vencido a Adán, y había dominado a sus descendientes, y por medio de la complacencia del apetito los había inducido a provocar a Dios con su iniquidad, hasta que sus crímenes fueron tan grandes, que el Señor los eliminó de la tierra mediante las aguas del diluvio.

Bajo las tentaciones directas de Satanás, los hijos de Israel permitieron que el apetito dominase la razón, y debido a su complacencia, fueron inducidos a cometer graves pecados que despertaron la ira de Dios contra ellos, y cayeron en el desierto. Pensó que tendría éxito en vencer a Cristo con la misma tentación. Satanás le dijo a Cristo que uno de los ángeles excelsos había sido desterrado a la tierra, que su aspecto indicaba que, en vez de ser el Rey

del cielo, Él era el ángel caído, y eso explicaba su apariencia macilenta y penosa.

Cristo no obró ningún milagro para sí mismo. Entonces, llamó la atención de Cristo a su propia apariencia atractiva, vestido de luz, y fuerte en poder. Afirmó ser un mensajero directo del trono del cielo, y aseguró que tenía derecho a exigir evidencias de que Cristo era el Hijo de Dios. De buen agrado, Satanás hubiese puesto en duda las palabras provenientes del cielo dirigidas al Hijo de Dios cuando fue bautizado. Se determinó a vencer a Cristo y, de ser posible, asegurar su propio reino y su vida. Tentó primero a Cristo en el apetito. En ese punto, casi había logrado el dominio completo del mundo, y de tal manera adaptó sus tentaciones a las circunstancias y alrededores de Cristo, que sus tentaciones sobre el apetito fueron casi abrumadoras.

Cristo podría haber obrado un milagro en su propio favor, pero eso no hubiese estado de acuerdo con el plan de salvación. Los muchos milagros en la vida de Cristo muestran su poder para obrar milagros para beneficiar a la humanidad doliente. Mediante un milagro de misericordia, alimentó, de una vez, a cinco mil con cinco panes y dos pececillos. Por lo tanto, Él tenía poder para obrar un

milagro y satisfacer su propia hambre. Satanás se ilusionó de que podría inducir a Cristo a dudar las palabras pronunciadas desde el cielo en su bautismo. Si lograba tentarlo a dudar de su condición de Hijo de Dios, y la verdad de la palabra pronunciada por su Padre, ganaría una gran victoria.

Encontró a Cristo en el desierto desolado, sin compañeros, sin alimento, y en verdadero sufrimiento. Lo que lo rodeaba era muy melancólico y repelente. Satanás le sugirió a Cristo que Dios no dejaría a su Hijo en esa condición de necesidad y sufrimiento. Esperaba sacudir la confianza de Cristo en su Padre, que le había permitido llegar a esa condición de sufrimiento extremo en el desierto, donde nunca había pisado pie humano. Satanás esperaba insinuarle dudas en cuanto al amor de su Padre, dudas que permaneciesen en la mente de Cristo, de manera que bajo la fuerza del desaliento y el hambre extrema, Él ejerciese su poder milagroso para su propio bien, apartándose así de las manos de su Padre celestial. Ciertamente, ésta fue una tentación para Cristo. Pero él no la albergó ni por un momento. Ni por un solo momento dudó del amor de su Padre celestial, aunque lo oprimía una angustia inexpresable. Las tentaciones de Satanás, aunque fueron hábilmente ideadas, no conmovieron la integridad

del Hijo amado de Dios. Su firme confianza en su Padre no podía ser sacudida.

CRISTO NO NEGOCIÓ CON LA TENTACIÓN

Jesús no condescendió en explicarle a su enemigo en qué forma Él era el Hijo de Dios, y en qué manera podía actuar como tal. En una manera insultante y burlona, Satanás se refirió a la debilidad actual, y a la apariencia angustiada de Cristo, en contraste con su propia fortaleza y gloria. Se mofó de que Cristo era un pobre representante de los ángeles, y con más razón de su excelso Comandante, confesado como el Rey en las cortes regias, y que su apariencia actual indicaba que había sido abandonado de Dios y del hombre. Dijo que si Cristo era verdaderamente el Hijo de Dios, el monarca del cielo tendría poder igual a Dios, y podría darle evidencia de ello y aliviar su hambre al realizar un milagro, y convertir en pan la piedra que estaba justamente a sus pies. Satanás prometió que si Cristo hacía esto, inmediatamente renunciaría a sus pretensiones de superioridad, y terminaría para siempre la contienda entre él y Cristo.

Cristo no pareció notar las denigrantes mofas de Satanás. No fue movido a dar pruebas de su poder, sino que soportó humildemente sus insultos sin desquitarse. Para Él, las palabras pronunciadas desde el cielo en su bautismo, eran una evidencia preciosa de que su Padre

aprobaba los pasos que estaba dando en el plan de salvación, como sustituto y garantía del hombre. Los cielos abiertos y el descenso de la paloma celestial eran garantías de que su Padre uniría su poder en el cielo, con el de su Hijo en la tierra, para rescatar al hombre del dominio de Satanás, y de que Dios aceptaba el esfuerzo de Cristo para unir la tierra con el cielo, y al hombre finito con el Dios infinito.

Esas señales recibidas de su Padre, fueron indeciblemente preciosas para el Hijo de Dios, en medio de todos sus sufrimientos intensos, y el conflicto terrible con el jefe rebelde. Y mientras soportaba la prueba de Dios en el desierto, y durante todo su ministerio, no tuvo nada que ver con convencer a Satanás de su poder, y de que él era el Salvador del mundo. Satanás tenía suficiente evidencia del puesto excelsio de Cristo. Su renuencia en dar a Jesús el honor debido, y manifestarle la sumisión de un subordinado, maduraron en rebelión contra Dios, y lo excluyeron del cielo.

No era parte de la misión de Cristo ejercer su poder divino para su propio beneficio, para aliviarse de sufrimientos. Voluntariamente había tomado esto sobre sí. Había condescendido en tomar la naturaleza humana, y

había de sufrir los inconvenientes, los males, y las aflicciones de la familia humana. No había de realizar milagros por su propia cuenta; vino para salvar a otros. El objeto de su misión era traer bendiciones, esperanza, y vida a los afligidos y oprimidos. Había de llevar las cargas y pesares de la humanidad doliente.

Aunque Cristo estaba sufriendo los más agudos tormentos del hambre, resistió la tentación. Repulsó a Satanás con el mismo pasaje de las Escrituras que había dado a Moisés en el desierto, para que lo repitiera al rebelde Israel cuando su alimentación fue restringida y clamaba pidiendo carne en el desierto. "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4). En esta declaración, y también mediante su ejemplo, Cristo mostraría al hombre que el hambre de alimento temporal no era la mayor calamidad que le podía sobrevenir. Satanás halagó a nuestros primeros padres [diciendo] que comer del fruto del árbol que Dios les había prohibido, les proporcionaría gran bien, y los aseguraría contra la muerte, precisamente lo contrario de lo que Dios les había declarado. "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:17). Si Adán

hubiese sido obediente, nunca hubiese conocido la necesidad, el dolor, ni la muerte.

Si los antediluvianos hubiesen sido obedientes a la palabra de Dios, no hubiesen perecido con las aguas del diluvio. Si los israelitas hubiesen sido obedientes a las palabras de Dios, Él les hubiese conferido bendiciones especiales. Pero ellos cayeron como resultado de la complacencia del apetito y la pasión. No quisieron ser obedientes a las palabras de Dios. La complacencia del apetito pervertido los llevó a numerosos y graves pecados. Si hubiesen puesto en primer término los requerimientos de Dios, y en segundo término sus necesidades físicas, sometiéndose a la elección que Dios había hecho del alimento adecuado para ellos, ni uno de ellos hubiese caído en el desierto. Se habrían establecido en la buena tierra de Canaán como un pueblo santo y feliz, sin una sola persona débil en todas sus tribus.

El Salvador del mundo se convirtió en pecado por la raza humana. Al convertirse en el sustituto del hombre, Cristo no manifestó su poder como el Hijo de Dios, sino que se clasificó con los hijos de los hombres. Él debía llevar la prueba de la tentación como hombre, en lugar del hombre, bajo las circunstancias más difíciles, y dejar un

ejemplo de fe y perfecta confianza en su Padre celestial. Cristo sabía que su Padre le daría alimento cuando fuese para su gloria. En esta prueba severa, cuando el hambre lo oprimía más allá de toda medida, Él rehusó ejercer su poder divino para disminuir prematuramente un ápice de la prueba que le había sido asignada.

El hombre caído, al encontrarse en circunstancias difíciles, no podría tener el poder para efectuar milagros en su favor, para salvarse del dolor o la angustia, o para darse la victoria sobre sus enemigos. El propósito de Dios era someter a prueba y examinar a la raza humana, y darle una oportunidad de desarrollar el carácter, poniéndola frecuentemente en circunstancias difíciles para probar su fe y confianza en su amor y poder. La vida de Cristo fue un modelo perfecto. Por su ejemplo y precepto, siempre enseñó al hombre que debe depender de Dios, y que su fe y firme confianza deben estar en Él.

Cristo sabía que Satanás era un mentiroso desde el principio, y necesitó de fuerte dominio propio para escuchar las propuestas de ese insultante engañador, sin reprender instantáneamente sus osadas suposiciones. Satanás esperaba que bajo la extrema debilidad y agonía de espíritu del Hijo de Dios, lograría provocarlo a entrar en

controversia con él, dándole así una oportunidad de obtener ventaja sobre Él. Su plan era pervertir las palabras de Cristo y afirmar ventaja, y llamar en su ayuda a sus ángeles caídos, para usar su poder al máximo, a fin de prevalecer contra él y vencerlo.

El Salvador del mundo no tenía disputa con Satanás, quien fue expulsado del cielo porque ya no era digno de un lugar allí. El que pudo influir en los ángeles de Dios, contra su Gobernante Supremo y contra su Hijo, su amado Comandante, y captar la simpatía de ellos para sí mismo, era capaz de cualquier engaño. Durante cuatro mil años había estado luchando contra el gobierno de Dios, y no había perdido nada de su habilidad ni poder para tentar y engañar.

LA VICTORIA MEDIANTE CRISTO

Porque el hombre caído no podía vencer a Satanás con su fuerza humana, vino Cristo de las reales cortes del cielo, para ayudarlo con su fortaleza humana y divina combinadas. Cristo sabía que Adán en el Edén, con sus ventajas superiores, podría haber resistido la tentación de Satanás, y podría haberlo vencido. Sabía también que fuera del Edén, separado desde la caída de la luz y del amor de Dios, no era posible para el hombre resistir las tentaciones de Satanás con su propia fuerza. A fin de proporcionar esperanza al hombre y salvarlo de la ruina completa, se humilló a sí mismo al tomar la naturaleza humana, para que, con su poder divino combinado con el humano, pudiera alcanzar al hombre donde él está. Para los caídos hijos e hijas de Adán, Él obtuvo aquella fortaleza que es imposible para ellos ganar por sí mismos, para que en su nombre puedan vencer las tentaciones de Satanás.

Al asumir la humanidad, el excelso Hijo de Dios se coloca más cerca del hombre al actuar como sustituto del pecador. Se identifica a sí mismo con los sufrimientos y aflicciones de los hombres. Fue tentado en todos los puntos en que son tentados los hombres, para que pudiese

saber cómo socorrer a los que fuesen tentados. Cristo venció en lugar del pecador.

En su visión nocturna, Jacob vio la tierra conectada con el cielo por una escalera que llegaba hasta el trono de Dios. Vio a los ángeles de Dios, ataviados con vestidos de brillo celestial, descendiendo del cielo, y subiendo al cielo por esa brillante escalera. La parte inferior de esta escalera descansaba sobre la tierra, mientras que la parte superior llegaba a los más elevados cielos, y descansaba sobre el trono de Jehová. El resplandor del trono de Dios brillaba sobre esta escalera, y reflejaba sobre la tierra una luz de gloria inexpresable. Esta escalera representaba a Cristo, que había abierto la comunicación entre la tierra y el cielo.

En su humillación, Cristo descendió hasta la misma profundidad de la desdicha humana, en simpatía y compasión por el hombre caído, que fue representado ante Jacob con el extremo de la escalera que descansaba sobre la tierra, mientras que su parte superior, que llegaba hasta el cielo, representa el poder divino de Cristo que se aferra del Infinito, y así une la tierra con el cielo, y al hombre finito con el Dios infinito. Mediante Cristo se abre la comunicación entre Dios y el hombre. Los ángeles pueden ir del cielo a la tierra con mensajes de amor para el hombre

caído, y para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Únicamente mediante Cristo, los mensajeros celestiales ministran a los hombres.

Adán y Eva fueron colocados en el Edén, bajo las circunstancias más favorables. Era su privilegio estar en comunión con Dios y los ángeles. No estaban bajo la condena del pecado. La luz de Dios y de los ángeles estaba con ellos y los rodeaba. El Autor de su existencia era su maestro. Pero cayeron bajo el poder y las tentaciones del artero enemigo. Durante cuatro mil años, Satanás había estado obrando contra el gobierno de Dios, y había obtenido fuerza y experiencia de su decidida práctica.

Los hombres caídos no tenían las ventajas de Adán en el Edén. Habían estado separándose de Dios durante cuatro mil años. Disminuían más y más la sabiduría para comprender, y el poder para resistir las tentaciones de Satanás, hasta que parecía que Satanás reinaba triunfante en la tierra. El apetito y la pasión, el amor al mundo y los pecados atrevidos, constituyan las grandes ramas del mal, de las cuales crecía toda clase de crimen, violencia, y corrupción. Satanás fue derrotado en su propósito de vencer a Cristo en cuanto al apetito. Y allí, en el desierto, Cristo logró una victoria a favor de la raza humana en

cuanto al apetito, haciendo posible que el hombre, durante todo el tiempo futuro, venciera en el nombre de Cristo, la fuerza del apetito por sí mismo.

LA SEGUNDA TENTACIÓN

Pero Satanás no estuvo dispuesto a cesar en sus esfuerzos, hasta que hubo intentado lograr la victoria sobre el Redentor del mundo por todos los medios. Sabía que consigo mismo todo estaba en juego, si él o Cristo vencería en la contienda. Y, a fin de abrumar a Cristo con su fuerza superior, lo llevó a Jerusalén, y lo colocó en un pináculo del templo y continuó acosándolo con tentaciones. Otra vez demandó de Cristo que, si era ciertamente el Hijo de Dios, le diese evidencias arrojándose desde la altura vertiginosa en la cual lo había colocado. Instó a Cristo a mostrar su confianza en el cuidado preservador de su Padre, arrojándose del templo.

En su primera tentación sobre el apetito, Satanás había tratado de insinuar dudas en cuanto al amor y cuidado de Dios para Cristo como su Hijo, mostrando sus circunstancias y su hambre, como evidencias de que no disfrutaba del favor de Dios. No tuvo éxito con eso. Luego trató de aprovecharse de la fe, y la perfecta confianza que Cristo había mostrado hacia su Padre celestial, para instarlo a la presunción. "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en

piedra" (Mateo 4:6). Enseguida respondió Jesús: "Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios" (Mateo 4:7).

EL PECADO DE LA PRESUNCIÓN

El pecado de la presunción yace cerca de la virtud de la fe perfecta y la confianza en Dios. Satanás se ilusionó de que podría aprovecharse de la humanidad de Cristo, para instarlo a cruzar la línea que separa la confianza de la presunción. Muchas almas se han arruinado en este punto. Satanás trató de engañar a Cristo mediante la adulación. Admitió que Cristo tenía razón en el desierto al tener fe y confianza de que Dios era su Padre, bajo las más difíciles circunstancias. Entonces, instó a Cristo a que le diera una prueba más de su completa dependencia de Dios, una evidencia más de su fe de que era el Hijo de Dios, arrojándose del templo. Dijo a Cristo que si ciertamente era el Hijo de Dios, no tenía nada que temer, pues había ángeles listos para sostenerlo. Satanás demostró que entendía las Escrituras por el uso que les dio.

El Redentor del mundo no vaciló de su integridad, y mostró que tenía perfecta fe en el cuidado prometido de su Padre. No pondría inútilmente a prueba la fidelidad y el amor de su Padre, aunque estaba en las manos del enemigo, y colocado en un lugar de dificultad y peligro extremos. Ante la sugerencia de Satanás, no tentaría a Dios presuntuosamente, probando la providencia divina.

Satanás había presentado un pasaje bíblico que parecía apropiado para la ocasión, esperando lograr sus designios al hacer la aplicación a nuestro Salvador, en esa ocasión especial.

Cristo sabía que Dios ciertamente podía sostenerlo si le hubiese requerido arrojarse del templo. Pero hacer eso sin que se lo pidiese, y para poner a prueba el cuidado protector y el amor de su Padre porque Satanás lo había desafiado a hacerlo, no mostraría la fortaleza de su fe. Bien comprendía Satanás, que si lograba convencer a Cristo a arrojarse del templo sin que su Padre se lo pidiese, para probar su derecho al cuidado protector de su Padre celestial, en ese mismo acto, Él mostraría la debilidad de su naturaleza humana.

Cristo resultó vencedor en la segunda tentación. Manifestó perfecta confianza y fe en su Padre, durante su duro conflicto con el enemigo poderoso. En la victoria aquí ganada, nuestro Redentor ha dejado al hombre un modelo perfecto mostrándole que, en todas las pruebas y peligros, su única seguridad yace en tener una firme confianza e incombustible fe en Dios. Él rehusó abusar de la misericordia de su Padre, colocándose en un peligro que hubiese hecho necesario que su Padre celestial demostrase

su poder para salvarlo del peligro. Esto hubiese forzado la Providencia para su propio bien, y así no hubiese dejado a su pueblo un ejemplo perfecto de fe y firme confianza en Dios.

El objeto de Satanás al tentar a Cristo fue inducirlo a una presunción atrevida, y a mostrar debilidad humana, para que no fuese un modelo perfecto para su pueblo. Satanás pensó que si Cristo no soportaba la prueba de sus tentaciones, no habría redención para la raza, y su poder sobre ella sería completo.

CRISTO, NUESTRA ESPERANZA Y EJEMPLO

La humillación y los angustiosos sufrimientos de Cristo en el desierto de la tentación, fueron a favor de la raza. En Adán se perdió todo por la transgresión. La única esperanza del hombre de ser restaurado al favor de Dios, era a través de Cristo. Al transgredir la ley, el hombre se había distanciado tanto de Dios, que era incapaz de humillarse a sí mismo ante Dios, en ningún grado proporcional a la gravedad de su pecado. El Hijo de Dios podía comprender plenamente los pecados agravantes del transgresor, y sólo Él, en su carácter inmaculado, podía efectuar una expiación aceptable a favor del hombre, al sufrir la sensación angustiosa del desagrado de su Padre. La tristeza y angustia del Hijo de Dios por los pecados del mundo, fueron proporcionales a su excelencia y pureza divinas, así como a la magnitud del delito.

Cristo fue nuestro ejemplo en todas las cosas. Al ver su humillación en la larga prueba y ayuno para vencer por nosotros la tentación del apetito, debemos aprender cómo vencer cuando somos tentados. Si el poder del apetito es tan fuerte sobre la familia humana, y su complacencia tan tremenda que el Hijo de Dios se sometió a sí mismo a una prueba tal, cuán importante es que sintamos la necesidad

de mantener el apetito bajo el control de la razón. Nuestro Salvador ayunó cerca de seis semanas, a fin de ganar para el hombre la victoria sobre el apetito. ¿Cómo pueden los profesos cristianos, con la conciencia iluminada y a Cristo delante de ellos como su modelo, ceder a la complacencia de los apetitos que tienen una influencia debilitante sobre la mente y el cuerpo? Es una realidad dolorosa que los hábitos de la complacencia propia, a expensas de la salud y la fuerza moral, en la actualidad están manteniendo a una gran porción del mundo cristiano en las cadenas de la esclavitud.

Muchos que profesan ser piadosos, no investigan la razón del largo período de ayuno y sufrimiento de Cristo en el desierto. Su angustia no se debió tanto a los tormentos del hambre, como a su comprensión de los terribles resultados de la complacencia del apetito, y las pasiones sobre la raza. Sabía que el apetito sería el ídolo del hombre, y lo induciría a olvidar a Dios, y se interpondría directamente en el camino de su salvación.

Nuestro Salvador mostró perfecta confianza en que su Padre celestial no permitiría que fuese tentado más allá de la fuerza que le daría para soportar, sino que lo haría salir vencedor, si soportaba pacientemente la prueba a la que

era sometido. Cristo no se había colocado en peligro por su propia voluntad. Por el momento, Dios había permitido que Satanás tuviese este poder sobre su Hijo. Jesús sabía que si preservaba su integridad en esta situación extremadamente difícil, un ángel de Dios sería enviado para aliviarno, si no había otra opción. Había tomado la naturaleza humana, y era el representante de la raza humana.

LA TERCERA TENTACIÓN

Satanás vio que no había prevalecido en nada sobre Cristo en su segunda gran tentación. "Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quieras la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos" (Lucas 4:5-7).

En las primeras dos grandes tentaciones, Satanás no había revelado sus verdaderos propósitos ni su carácter. Pretendía ser un mensajero excelso de las cortes celestiales, pero ahora se despoja de su disfraz. En una visión panorámica, presentó ante Cristo todos los reinos del mundo en su aspecto más atrayente, al paso que afirmaba ser el príncipe del mundo.

Esta última tentación fue la más seductora de las tres. Satanás sabía que la vida de Cristo debía consistir en tristeza, penas, y conflicto. Y pensó que podría aprovecharse de este hecho, para sobornar a Cristo a que abandonase su integridad. En esta última tentación, Satanás actuó con todo su poder, pues este último esfuerzo decidiría su destino, en cuanto a quién sería

vencedor. Afirmaba que el mundo era dominio suyo, y que él era el príncipe de la potestad del aire.

Llevó a Cristo a la cumbre de una montaña muy alta, y allí, en visión panorámica, presentó delante de él todos los reinos del mundo, que por tanto tiempo habían estado bajo su dominio, y se los ofreció en un gran regalo. Le dijo a Cristo que podría poseer todos los estos reinos, sin sufrimiento ni riesgo. Satanás promete rendir su cetro y dominio, y permitir que Cristo sea el legítimo gobernante, a cambio de un solo favor. Lo único que requiere a cambio de entregarle los reinos del mundo que le presentó ese día, es que Cristo le rinda homenaje como a un superior.

Por un momento, los ojos de Jesús se posaron sobre la gloria presentada delante de Él, pero apartó la vista, y rehusó contemplar el espectáculo fascinador. No estaba dispuesto a poner en peligro su firme integridad, entreteniéndose con el tentador. Cuando Satanás le pidió homenaje, la indignación divina de Cristo se despertó, y no pudo tolerar más su blasfema pretensión, ni aun permitir que permaneciese en su presencia. Aquí Cristo ejerció su autoridad divina, y ordenó a Satanás que desistiera. "Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10).

En su orgullo y arrogancia, Satanás se había declarado el legítimo y permanente gobernante del mundo, el poseedor de todas sus riquezas y gloria. Demandaba el homenaje de todos los que vivían en él, como si él hubiese creado el mundo y todas las cosas que hay en él. Dijo a Cristo: "A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy" (Lucas 4:6). Trató de hacer un contrato especial con Cristo. Si Él lo adoraba, le cedería inmediatamente todo lo que pretendía como suyo.

Este insulto al Creador movió la indignación del Hijo de Dios a reprender y despedir a Satanás. En la primera tentación, Satanás se ilusionó que había ocultado tan bien su verdadero carácter y propósitos, que Cristo no lo había reconocido como el jefe rebelde caído a quien había vencido y expulsado del cielo. Las palabras con que Cristo lo despidió: "Vete, Satanás", manifestaron que él había sido conocido desde el principio y que todas sus engañosas artes no habían tenido éxito en el Hijo de Dios. Satanás sabía que si Jesús moría para redimir al hombre, después de un tiempo terminaría su poder, y él sería destruido. Por lo tanto, su plan estudiado era evitar, en lo posible, que se completara la gran obra que el Hijo de Dios había comenzado. Si fracasaba el plan de la redención del

hombre, retendría el reino que entonces pretendía, y si tenía éxito, se lisonjeaba con la idea de que reinaría en oposición al Dios del cielo.

Satanás se regocijó cuando Jesús dejó el cielo, abandonando allí su poder y gloria. Pensó que el Hijo de Dios había sido colocado en su poder. Tan fácilmente había logrado éxito al tentar la santa pareja en el Edén, que esperaba vencer aun al Hijo de Dios con su astucia y poder satánicos, y así salvar su vida y su reino. Si lograba tentar a Cristo a apartarse de la voluntad de su Padre, como lo había hecho en su tentación a Adán y Eva, entonces habría alcanzado su propósito.

Habría de llegar el tiempo cuando Jesús redimiría la posesión de Satanás dando su propia vida y, después de un tiempo, se sometería a él todo lo que está en el cielo y en la tierra. Jesús permaneció firme. Eligió esta vida de sufrimiento, esta muerte vergonzosa y, en la manera designada por su Padre, llegar a ser un legítimo gobernante de los reinos de la tierra, y recibirlos en sus manos como posesión eterna. Satanás también será entregado en sus manos para ser destruido por la muerte, a fin de que nunca más moleste a Jesús ni a los santos en gloria.

Jesús dijo a este astuto enemigo: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10). Satanás había pedido que Cristo le diera evidencia de que era el Hijo de Dios, y en esta ocasión recibió la prueba que había pedido. Ante la orden divina de Cristo, fue obligado a obedecer. Fue repulsado y silenciado. No tenía poder para resistir el despido perentorio. Sin otra palabra, fue obligado a desistir instantáneamente y a dejar al Redentor del mundo.

La odiosa presencia de Satanás fue retirada. La lucha había terminado. Con un sufrimiento inmenso, la victoria de Cristo en el desierto fue tan completa como lo fue el fracaso de Adán. Y por un tiempo quedó liberado de la presencia de su poderoso adversario y sus legiones de ángeles.

CONCLUYE LA TENTACIÓN DE CRISTO

Después de que Satanás hubo terminado sus tentaciones, se apartó de Jesús durante un breve tiempo. El enemigo había sido vencido, pero el conflicto había sido largo y extremadamente agobiador, y Cristo estaba exhausto y desfalleciente. Cayó en tierra como si estuviese muriendo. Ángeles celestiales, que se habían inclinado ante él en las cortes reales, y que habían estado observando a su amado Comandante con intenso, aunque doloroso interés, y que con asombro habían sido testigos de la terrible lucha que había soportado con Satanás, ahora vinieron y ministraron a Jesús. Le prepararon alimento y lo fortalecieron, pues yacía como muerto.

Los ángeles estaban llenos de admiración y temor reverente, pues sabían que el Redentor del mundo estaba pasando por un sufrimiento inexpressable para lograr la redención del hombre. Aquel que era igual a Dios en las cortes reales, estaba macilento delante de ellos, debido a casi seis semanas de ayuno. Solitario y solo, había sido perseguido por el jefe rebelde que había sido expulsado del cielo. Había soportado una prueba más difícil y severa que la que jamás habría de soportar hombre alguno. La lucha con el poder de las tinieblas había sido larga e

intensamente agobiadora para la naturaleza humana de Cristo, en su condición débil y doliente. Los ángeles trajeron mensajes de amor y consuelo del Padre a su Hijo, y también la certeza de que todo el cielo triunfaba en la victoria plena y completa, que Él había ganado en favor del hombre.

El costo de la redención de la raza humana nunca podrá ser comprendido plenamente, hasta que los redimidos estén de pie con el Redentor junto al trono de Dios. Y a medida que tengan la capacidad de apreciar el valor de la vida inmortal y la recompensa eterna, intensificarán el canto de victoria y triunfo inmortal, diciendo "a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (Apocalipsis 5:12). Dice Juan: "Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:13).

Aunque Satanás había fracasado en sus esfuerzos más vigorosos y tentaciones más poderosas, sin embargo, no había renunciado a toda esperanza de que en un tiempo

futuro tuviese éxito en sus esfuerzos. Esperaba ansioso el período del ministerio de Cristo, cuando tendría oportunidades de probar contra él sus ardides. Satanás trazó sus planes para cegar el entendimiento de los judíos, el pueblo escogido de Dios, para que no discerniesen en Cristo al Redentor del mundo. Pensó que podría llenar sus corazones de envidia, celos, y odio contra el Hijo de Dios, de modo que no lo recibiesen, sino que hiciesen su vida en la tierra lo más amarga posible.

Satanás celebró un concilio con sus ángeles, en cuanto al curso que debían tomar para impedir que la gente confiase en Cristo como el Mesías, a quien los judíos habían estado esperando ansiosamente por tanto tiempo. Se había decepcionado y enfurecido de no haber logrado nada contra Jesús, en las múltiples tentaciones en el desierto. Pensó que si lograba inspirar en los corazones del propio pueblo de Cristo incredulidad en que Él fuese el Prometido, quizás lograría desanimar a Jesús en su misión de obtener a los judíos como sus agentes, para llevar a cabo sus propósitos.

Satanás llega al hombre con sus tentaciones como un ángel de luz, tal como fue a Cristo. Ha estado obrando para llevar al hombre a una condición de debilidad física y

moral, para lograr vencerlo fácilmente, y entonces triunfar sobre su ruina. Y ha tenido éxito al tentar al hombre a la complacencia del apetito, sin importar el resultado. Él sabe muy bien que es imposible para el hombre cumplir con sus obligaciones hacia Dios y sus prójimos, mientras perjudica las facultades que Dios le ha dado. El cerebro es la capital del cuerpo. Si se embotan las facultades perceptivas debido a cualquier tipo de intemperancia, no se discierne lo eterno.

LA TEMPERANCIA CRISTIANA

Dios no da permiso al hombre para violar las leyes de su ser. Pero el hombre, al ceder a las tentaciones de Satanás de complacer la intemperancia, pone las facultades superiores bajo el dominio de los apetitos y pasiones animales. Cuando éstos logran la ascendencia, el hombre, que fue creado un poco inferior a los ángeles, con facultades susceptibles al cultivo más elevado, se entrega al control de Satanás. Y éste obtiene fácil acceso a los que están esclavizados por el apetito. Por medio de la intemperancia, algunos sacrifican la mitad, y otros, las dos terceras partes de sus facultades físicas, mentales, y morales, y se tornan en juguetes del enemigo.

Los que desean tener la mente despejada para discernir las estratagemas de Satanás, deben poner sus apetitos físicos bajo el dominio de la razón y la conciencia. La acción moral y vigorosa de las facultades superiores de la mente son esenciales para la perfección del carácter cristiano, y la fuerza o debilidad de la mente tiene mucho que ver con nuestra utilidad en este mundo, y con nuestra salvación final. Es deplorable la ignorancia que ha prevalecido con respecto a la ley de Dios en nuestra naturaleza física. Cualquier clase de intemperancia es una

violación de las leyes de nuestro ser. La imbecilidad prevalece en un grado temible. El pecado se hace atractivo bajo el manto de luz con que Satanás lo cubre, y él se complace cuando logra retener el mundo cristiano en sus hábitos diarios, bajo la tiranía de las costumbres, como los paganos, y permitiendo que el apetito lo gobierne.

Si los hombres y las mujeres inteligentes tienen sus facultades morales entorpecidas por cualquier clase de intemperancia, en muchos de sus hábitos son poco superiores a los paganos. Satanás, constantemente, atrae a la gente de la luz salvadora a las costumbres y la moda, sin importar su salud física, moral, y mental. El gran enemigo sabe que si predominan el apetito y la pasión, se sacrifican la salud del cuerpo y la fuerza del intelecto, en el altar de la satisfacción de los apetitos, y el hombre es llevado a una ruina rápida. Si el intelecto iluminado lleva las riendas, controlando las propensiones animales y manteniéndolas sujetas a la fuerza moral, Satanás sabe que su poder para vencer con sus tentaciones es escaso.

En nuestros días, la gente habla de la edad oscura, y se jacta del progreso. Pero con este progreso no disminuyen la maldad y el crimen. Deploramos la ausencia de la sencillez natural, y el aumento de la ostentación

artificial. La salud, la fuerza, la belleza, y larga vida, que fueron comunes en la así llamada "Edad Oscura", son raras ahora. Casi todo lo deseable es sacrificado para satisfacer las demandas de la vida a la moda.

Una buena parte del mundo cristiano carece del derecho de llamarse cristiano. Sus hábitos, su extravagancia, el trato general de su cuerpo, violan la ley física y están en contra de la Biblia. Ellos mismos, con su curso de vida, se están acarreando sufrimiento físico, y debilidad mental y moral.

Por medio de sus ardides, en muchos aspectos Satanás ha hecho de la vida doméstica una existencia de preocupación y cargas complicadas para satisfacer las exigencias de la moda. Su propósito es mantener las mentes tan ocupadas con las cosas de esta vida, que no puedan dar sino poca atención a su interés más alto. La intemperancia en el comer y el vestir ha absorto a tal grado las mentes del mundo cristiano, que no se da tiempo para informarse respecto a las leyes del ser para obedecerlas. Vale poco profesar el nombre de Cristo si la vida no corresponde a la voluntad de Dios, revelada en su Palabra.

En el desierto de la tentación, Cristo venció el apetito. Su ejemplo de abnegación y dominio propio, mientras

sufría las persistentes punzadas de hambre, reprende al mundo cristiano por su disipación y glotonería. Ahora se gasta nueve veces más dinero para complacer el apetito y satisfacer codicias necias y dañinas, como se da para avanzar el evangelio de Cristo.

Si Pedro estuviese ahora en la tierra, exhortaría a los profesos seguidores de Cristo a abstenerse de los deseos carnales que batallan contra el alma. Y Pablo pediría a todas las iglesias que se limpiasen "de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios". Y Cristo echaría del templo a aquellos que están contaminados por el uso del tabaco, que contaminan el santuario de Dios con su aliento tabacal. Diría a esos adoradores, como dijo a los judíos: "Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Nosotros diríamos a los tales: Dios aborrece vuestras ofrendas profanas de mascadas arrojadas de tabaco, que contaminan el templo. Vuestro culto no es aceptable, porque vuestros cuerpos, que debieran ser templos del Espíritu Santo, están contaminados. Vosotros también robáis de la tesorería de Dios miles de dólares, por la complacencia del apetito antinatural.

Como cristianos, si deseamos ver exaltada la norma de la virtud y la piedad, tenemos una obra que hacer individualmente para controlar el apetito, cuya complacencia contrarresta la fuerza de la verdad, y debilita el poder moral para resistir y vencer la tentación. Como seguidores de Cristo, al comer y beber debemos obrar por principio. Cuando obedezcamos el mandato del apóstol, "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios", miles de dólares que ahora se sacrifican ante el altar de la luxuria perjudicial, fluirán a la tesorería del Señor, multiplicando las publicaciones en distintos idiomas para ser esparcidas como las hojas del otoño. Se establecerán misiones en otros países, y entonces los seguidores de Cristo verdaderamente serán la luz del mundo.

En estos últimos días, el enemigo de las almas está trabajando, con más poder que nunca, para lograr la ruina del hombre por medio de la complacencia del apetito y las pasiones. Y muchos de los que Satanás tiene esclavos bajo el poder del apetito son los profesos seguidores de Cristo. Profesan adorar a Dios, mientras que el apetito es su dios. Sus deseos antinaturales por estas complacencias no son controlados por la razón ni el juicio. Aquellos que son esclavos al tabaco, pueden ver a sus familias sufrir por la

falta de las comodidades de la vida, y el alimento necesario; sin embargo, no tienen la fuerza de voluntad para abstenerse de su tabaco. El clamor del apetito prevalece sobre el cariño natural, y esta pasión cruel los controla. La causa del cristianismo, y aun la humanidad, en ningún caso se sostendría si dependiese de los que habitualmente usan el tabaco y el licor. Si tuviesen medios para usar únicamente en una cosa, la tesorería de Dios no se provisionaría, pero ellos tendrían su tabaco y su licor, porque el idólatra del tabaco rehúsa negar su apetito a favor de la causa de Dios.

A los tales, les es imposible comprender las demandas obligatorias, y la santidad de la ley de Dios, porque su cerebro y sus nervios están amortiguados por el uso de este narcótico. No son capaces de valorar la expiación, ni apreciar el valor de la vida inmortal. La complacencia de los apetitos carnales batalla contra el alma. El apóstol, de la manera más impresionante, se dirige a los cristianos: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Romanos 12:1). Si el cuerpo está saturado de licor, y contaminado con el tabaco, no es santo y aceptable a Dios. Satanás sabe que no lo puede ser, y por este motivo, presiona con sus tentaciones en cuanto al

apetito, para hacernos esclavos de esta propensión, y así lograr nuestra ruina.

Todos los sacrificios judíos eran examinados con escrutinio cuidadoso para hallar cualquier defecto, o si estaban contaminados de enfermedades, o el menor defecto o impureza, ya constituía razón suficiente para que los sacerdotes los rechazasen. La ofrenda debía de ser perfecta y valiosa. Cuando el apóstol, en la manera más solemne, apela a sus hermanos que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, tiene en perspectiva los requisitos de Dios hacia los judíos al presentar sus ofrendas. No debía ser una ofrenda enferma, deteriorada, sino un sacrificio vivo, santo, y agradable a Dios.

Cuántos van a la casa de Dios en debilidad, y ¡cuántos van contaminados a causa de la complacencia de sus propios apetitos! Cuando los que se han degradado con hábitos malsanos se reúnen para adorar a Dios, las emisiones de sus cuerpos enfermos son repugnantes a los que los rodean. Y cuán ofensivo esto debe ser a un Dios puro y santo.

Una gran proporción de todas las enfermedades que afligen a la familia humana es resultado de sus propios hábitos erróneos, debido a su ignorancia deliberada, o a su

descuido de la luz que Dios ha dado con respecto a las leyes de su ser. No es posible que glorifiquemos a Dios, mientras vivamos violando las leyes de la vida. No es posible que el corazón mantenga su consagración a Dios, mientras se complazca el apetito carnal. Un cuerpo enfermo y un intelecto desordenado, debido a la complacencia continua de la lujuria perjudicial, imposibilitan la santificación del cuerpo y del espíritu. El apóstol entendía la importancia de una condición saludable del cuerpo, para lograr el éxito en el perfeccionamiento del carácter cristiano. Él dice: "Trato severamente a mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo proclamado a otros, yo mismo venga a ser reprobado" (1 Corintios 9:27). Menciona el fruto del Espíritu, en el cual está incluida la temperancia. "Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gálatas 5:24).

Los hombres y las mujeres complacen el apetito a costa de la salud y sus facultades intelectuales, de manera que no pueden apreciar el plan de salvación. Qué aprecio pueden tener los tales de la tentación de Cristo en el desierto, y de la victoria que ganó en cuanto al apetito. Les es imposible tener conceptos excelsos de Dios, y comprender las demandas de su Ley. Los que se proponen

ser seguidores de Cristo, olvidan el gran sacrificio que Él hizo por ellos. Para que la salvación llegase al alcance de ellos, la Majestad del cielo fue herido, golpeado, y afligido. Se convirtió en varón de dolores y experimentado en quebranto. En el desierto de la tentación, resistió a Satanás, a pesar de que el tentador estaba ataviado con el uniforme del cielo. Aunque soportó mucho sufrimiento físico, y a pesar de que se le presentaron incentivos muy halagüeños para influenciarlo a ceder su integridad, Cristo rehusó ceder siquiera un solo punto. Dijo el engañador, " Te daré todo este honor, toda esta riqueza y gloria si tan sólo reconoces mis requerimientos".

Cristo permaneció firme. ¡Oh! Si la fuerza moral de Cristo hubiese sido tan débil como la del hombre, ¿dónde estaría ahora la salvación de la raza? No es de extrañar que el cielo se llenó de gozo cuando el jefe rebelde abandonó el desierto de la tentación, un enemigo vencido. Cristo tiene poder de su Padre, para otorgar su gracia divina y fuerzas al hombre, de esa manera haciendo posible que nosotros seamos vencedores en su nombre. Son pocos los profesos seguidores de Cristo que eligen participar con Él en la obra de resistir las tentaciones de Satanás, como Él las resistió y venció.

Los cristianos profesos que disfrutan de las reuniones alegres, de placer y festín, no pueden apreciar el conflicto de Cristo en el desierto. Este ejemplo de su Señor venciendo a Satanás se pierde para ellos. Carece de significado esta victoria infinita que Cristo logró para ellos en el plan de salvación. No tienen ningún interés especial en la maravillosa humillación de nuestro Salvador, ni en la angustia y sufrimientos que soportó por el pecador, mientras Satanás lo oprimía con sus múltiples tentaciones. La escena de la prueba con Cristo en el desierto fue el fundamento del plan de salvación, y da al hombre caído la llave con la cual él, en el nombre de Cristo, puede vencer.

Muchos cristianos profesos consideran esta parte de la vida de Cristo como considerarían una guerra común entre dos reyes, como algo que no tiene nada especial que ver con su propia vida y carácter. Por lo tanto, el tipo de guerra y la victoria maravillosa lograda tienen poco interés para ellos. Las artes de Satanás embotan sus poderes perceptivos, de manera que no pueden discernir que, aquel que afligió a Cristo en el desierto, determinado a defraudarlo de su integridad como Hijo del Infinito, será su enemigo hasta el fin del tiempo. Aunque fracasó en su esfuerzo por vencer a Cristo, no ha menguado su poder sobre el hombre. Todos son expuestos personalmente a las

tentaciones que Cristo venció, pero en el nombre todopoderoso del gran Vencedor, se ha hecho provisión de fuerza para ellos. Y todos deben vencer individualmente por sí mismos. Muchos caen bajo las mismas tentaciones con las cuales Satanás atacó a Cristo.

A pesar de que Cristo logró una victoria inapreciable a favor del hombre, al vencer las tentaciones de Satanás en el desierto, esa victoria no le beneficiará, a menos que él también gane la victoria por sí mismo.

El hombre tiene actualmente ventajas sobre Adán en su lucha contra Satanás, porque tiene la experiencia de Adán en la desobediencia y su consiguiente caída, para advertirle que debe evitar seguir su ejemplo. El hombre tiene también el ejemplo de Cristo, quien venció el apetito y muchas tentaciones de Satanás, y triunfó sobre el poderoso enemigo en cada instancia, saliendo vencedor en toda contienda. Si el hombre tropieza y cae bajo las tentaciones de Satanás, no tiene excusa; porque tiene la desobediencia de Adán como advertencia, y la vida del Redentor del mundo como un ejemplo de obediencia y abnegación, y la promesa de Cristo que "al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he

vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono"
(Apocalipsis 3:21)

LA AUTOCOMPLACENCIA REVESTIDA DE RELIGIÓN

Los cristianos profesos participan en festejos y escenas de diversión, que degradan la religión de Cristo Jesús. A los que hallan placer en los eventos sociales de la iglesia, en los festejos y numerosas reuniones de placer, les es imposible sentir un amor ardiente y una santa reverencia por Jesús.

Sus palabras de advertencia e instrucción no pesan en sus mentes. Si Cristo llegase a la asamblea de los que están absortos en sus juegos y diversiones frívolas, ¿se oiría la solemne melodía de su voz diciendo en bendición, "Paz a esta casa"? ¿Cómo disfrutaría el Salvador del mundo estas escenas de alborozo e insensatez?

En estas ocasiones alegres, se unen los cristianos y el mundo, uno en corazón y uno en espíritu. El Varón de dolores, experimentado en quebrantos, no sería bienvenido en estos sitios de diversión. En estos salones están reunidos los amantes de los placeres y los lujos, los desconsiderados y los alegres, y en todas partes reluce el brillo y el oropel de la moda. Adornan su persona ornamentos de cruces de oro y perlas, que representan a un Redentor crucificado. Pero Aquél a quien representan

esas joyas tan deseables, no halla bienvenida ni lugar. Su presencia reprimiría sus risas y sus diversiones sensuales. Les recordaría deberes incumplidos, y les traería a la memoria los pecados ocultos que trajeron angustia a ese rostro, y lágrimas de tristeza a esos ojos.

En esas reuniones de placer, la presencia de Cristo sería sumamente dolorosa. Ciertamente, nadie lo invitaría, porque su rostro está desfigurado con tristeza, más que los hijos de los hombres, a causa de esas mismas diversiones que apartan a Dios de la mente, y hacen que la senda ancha sea atractiva al pecador. Los encantos de esas escenas emocionantes pervierten la razón y destruyen la reverencia por las cosas sagradas. Con frecuencia, los ministros que profesan ser representantes de Cristo toman la iniciativa en estas diversiones livianas. Dice Cristo, "Vosotros sois la luz del mundo... Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, de tal modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:14 y 16).

¿De qué manera brilla la luz de la verdad de ese grupo descuidado, en busca de placeres? Los profesos seguidores de Jesucristo, que participan en fiestas y banquetes, no pueden participar con Cristo en sus

sufrimientos. Ellos carecen de un sentido de sus sufrimientos. No les interesa meditar sobre la abnegación y el sacrificio. Hallan escaso interés en estudiar los puntos salientes en la historia de la vida de Cristo, donde se asienta el plan de salvación, sino que imitan al Israel de la antigüedad, que comió, bebió, y se levantó a jugar. Para poder copiar correctamente un modelo, debemos estudiar cuidadosamente su diseño. Si verdaderamente deseamos vencer como Cristo venció, para poder asociarnos ante el trono de Dios con la compañía que ha sido lavada con sangre, y glorificada, es de la mayor importancia conocer la vida de nuestro Redentor y, como Cristo, negarnos a nosotros mismos. Debemos enfrentar las tentaciones y vencer los obstáculos, y a través de fatigas y sufrimiento, en el nombre de Jesús, vencer como Él venció.

En el desierto, la gran prueba de Cristo sobre el apetito había de dejar a los hombres un ejemplo de abnegación. Este largo ayuno se llevó a cabo para impresionar a los hombres de la pecaminosidad de las cosas, en que se complacen profesos cristianos. La victoria que Cristo logró en el desierto debía demostrar al hombre la pecaminosidad de las mismas cosas en las cuales tanto se complace. La salvación del hombre estaba en la balanza, y sería decidida por la prueba de Cristo en el desierto. Si

Cristo triunfaba en el asunto del apetito, entonces había la posibilidad de que el hombre venciera. Si Satanás ganaba la victoria debido a su sutileza, el hombre quedaba atado por la fuerza del apetito con las cadenas de la complacencia, sin fuerza moral para romperlas. Con solamente su humanidad, Cristo no habría sido capaz de soportar esta prueba, pero su poder divino combinado con la humanidad ganó una victoria infinita a favor del hombre. Nuestro Representante en esta victoria elevó a la humanidad ante Dios, en la escala de valor moral.

Los cristianos que comprenden el misterio de la piedad, que tienen una noción elevada y sagrada de la expiación, que disciernen en los sufrimientos de Cristo en el desierto una victoria obtenida en favor de ellos, verían un contraste tan marcado entre estas cosas, y las reuniones de placer, y la complacencia del apetito patrocinadas por la iglesia, que se apartarían, disgustados, de esas escenas de algazara. Los cristianos serían grandemente fortalecidos al comparar, ferviente y frecuentemente, sus vidas con la verdadera norma, la vida de Cristo. Los numerosos sociales, festivales y comidas, para tentar el apetito a la indulgencia excesiva, y los entretenimientos que inducen a la liviandad y al olvido de Dios, no pueden encontrar sanción en el ejemplo de Cristo, el Redentor del mundo, el

único modelo seguro que el hombre debe seguir, si desea vencer como Cristo venció.

A todos los cristianos presentamos el Modelo sin defecto. Dice Cristo, “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera, y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo, una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbría a todos los que están en casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que están los cielos” (Mateo 5:13-16).

La luz del cielo debe reflejarse al mundo a través de los seguidores de Cristo. La obra de la vida del cristiano es ésta: Dirigir las mentes de los pecadores a Dios. La vida del cristiano debería despertar, en el corazón de los mundanos, conceptos altos y elevados de la pureza de la religión cristiana. Esto hará que los creyentes sean la sal de la tierra, el poder redentor en nuestro mundo, porque un carácter cristiano bien desarrollado es armonioso en todas sus partes.

Temblamos por la juventud de hoy, a causa del ejemplo que les dan los que profesan ser cristianos. No podemos cerrar la puerta de la tentación a los jóvenes, pero podemos educarlos acerca de que sus palabras y acciones pueden tener una influencia directa sobre su felicidad o miseria futura. Serán expuestos a la tentación. Enfrentarán enemigos afuera y adentro, pero se les puede enseñar a permanecer firmes en su integridad, con principio moral para resistir la tentación. Las lecciones dadas a nuestros jóvenes por los cristianos profesos, amadores del mundo, están haciendo mucho daño. Las reuniones festivas, las fiestas glotonas, las loterías, los retablos, y actuaciones teatrales, están haciendo una obra que, con su carga de resultados, permanecerá registrada hasta el juicio.

Todas estas inconsideraciones, aprobadas por cristianos profesos, bajo un manto de caridad cristiana para recaudar fondos para pagar los gastos de la iglesia, influencian a los jóvenes, para convertirlos en amadores de los placeres más que amadores de Dios. Piensan que si los cristianos pueden fomentar y participar en estas loterías y escenas festivas, y conectarlas con las cosas sagradas, ¿por qué no pueden ellos con seguridad interesarse en las loterías, y participar

en los juegos de azar, para obtener fondos para propósitos especiales?

Es el plan estudiado de Satanás, revestir el pecado con prendas de luz para esconder su deformidad, y hacerlo atractivo. Y los ministros y la gente que profesan la justicia se unen al enemigo de las almas, para ayudarlo en sus planes. Nunca hubo un tiempo, cuando cada miembro de la iglesia debiera sentir su responsabilidad de andar con Dios, humilde y circunspectamente, como en el presente. La filosofía vana, las creencias falsas, y la infidelidad van en aumento. Y muchos que llevan el nombre de seguidores de Cristo, por el orgullo de corazón, y la búsqueda de popularidad, están apartándose de los hitos establecidos. Descartan los claros mandatos de Dios en su Palabra, porque son tan simples y anticuados, mientras que teorías vanas e imprecisas atraen la mente, y complacen el gusto. En estas escenas de festejos de la iglesia, existe una unión con el mundo que la Palabra de Dios no justifica. En ellas se unen los cristianos con los mundanos.

Sin embargo, pregunta el apóstol, "¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y

qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2 Corintios 6:14-18).

Cuando seamos capaces de comprender las tentaciones y victorias del Hijo de Dios, mientras estuvo en conflicto severo con Satanás, tendremos una idea más correcta de la magnitud de la obra ante nosotros, para vencer. Satanás sabía, que si fracasaba, perdería su caso. Si vencía, ganaría una victoria sobre la raza entera, y pensaba que así establecería su vida y su reino.

En reuniones presuntamente cristianas, Satanás arroja un manto religioso sobre placeres engañosos y jaranas impías, para darles una apariencia de santidad, y se calman las conciencias de muchas personas, porque se recaudan fondos para sufragar los gastos de iglesia. Los hombres rehúsan dar por amor a Cristo, pero por amor a los placeres y la complacencia del apetito por motivos egoístas, están dispuestos a desprenderse de su dinero.

¿Deberá recurrirse a esta práctica para sostener la iglesia, porque no hay poder en las lecciones de Cristo sobre la liberalidad, y en su ejemplo y en la gracia de Dios que obra en los corazones, para inducir a los hombres a glorificar a Dios con sus recursos? El daño causado a la salud física, mental, y moral, en estas escenas de diversión y glotonería, no es pequeño. Y el día del ajuste final de cuentas revelará almas perdidas, a causa de la influencia de estas escenas de algazara y necedad.

Es un hecho deplorable que las consideraciones sagradas y eternas no tengan el mismo poder para abrir los corazones de los profesos seguidores de Cristo, a fin de que den ofrendas voluntarias para sostener el evangelio, como los tentadores sobornos de los festejos y diversiones ordinarias. Es una triste realidad que estos incentivos prevalecerán, cuando las cosas sagradas y eternas no tengan fuerza para influir el corazón a hacer obras de benevolencia.

El plan de Moisés en el desierto para recaudar fondos tuvo mucho éxito. No fue necesario obligar a nadie. Moisés no preparó ningún gran banquete, ni invitó a la gente a reuniones de alborozo, bailes, y diversiones generales. Tampoco instituyó juegos de lotería, ni cosa alguna

profana para obtener recursos, a fin de erigir el tabernáculo de Dios en el desierto. Dios mandó a Moisés a invitar a los hijos de Israel a traer sus ofrendas. Él debía aceptar las dádivas de cada persona que diera voluntariamente, de su corazón. Sin embargo, esas ofrendas voluntarias llegaron en tanta abundancia, que Moisés proclamó que era suficiente. Debían cesar los donativos, porque habían dado en abundancia, más de lo que podían usar.

Las tentaciones de Satanás logran éxito con los profesos seguidores de Cristo, en cuanto a la complacencia del placer y el apetito. Vestido como un ángel de luz, citará las Escrituras para justificar las tentaciones que coloca delante de los hombres, para que complazcan el apetito y se dediquen a placeres mundanos que satisfacen el corazón carnal. Los profesos seguidores de Cristo son débiles en fuerza moral, y los fascina el soborno que Satanás les presenta, y él gana la victoria. ¿Cómo considera Dios las iglesias que se sostienen recurriendo a tales métodos? Cristo no puede aceptar esas ofrendas, porque no fueron dadas por amor y devoción a él, sino por la idolatría del yo. Pero, lo que muchos no harían por amor a Cristo, lo hacen por amor a los lujos delicados que satisfacen el apetito, y por amor a las diversiones mundanas que complacen el corazón carnal.

Cada verdadero seguidor de Cristo estimará, con interés sagrado, el conflicto de Cristo con Satanás en el desierto.

Deberíamos sentir la más profunda gratitud hacia nuestro Redentor, por habernos enseñado con su propio ejemplo, cómo resistir y vencer a Satanás. Para lograr la victoria tan esencial para nuestra salvación, Jesús no asistió a escenas de alborozo y festín, sino que se fue a un desierto desolado. Muchos ni siquiera contemplan esta escena de Cristo, en conflicto con el jefe caído. No simpatizan con su Redentor. Algunos aun dudan que Jesús haya sentido los dolores del hambre, al abstenerse de alimento durante el período de cuarenta días y cuarenta noches.

Con la misma seguridad de que Él sufrió por nosotros la muerte en la cruz del Calvario, también sufrió los más fuertes dolores de hambre. Y tan pronto como comenzó este sufrimiento, Satanás estuvo cerca con sus tentaciones. No lidiamos contra un enemigo menos vigilante. Satanás adapta sus tentaciones a nuestras circunstancias. En cada tentación, presenta algún soborno, la oportunidad de ganar algo aparentemente bueno. Pero, en el nombre de Cristo, podemos lograr una victoria completa al resistir sus artimañas.

Hace más de mil ochocientos años, desde que Cristo anduvo en la tierra como un Hombre entre los hombres. En todas partes halló que abundaba el sufrimiento y la miseria. ¡Cuánta humillación de parte de Cristo! Porque, siendo en forma como Dios, tomó sobre sí la forma de un siervo. En el cielo era rico, coronado de gloria y honor, y por causa de nosotros se hizo pobre. Qué acto de condescendencia para elevar al hombre caído, de parte del Señor de la vida y la gloria.

Jesús no vino al hombre con mandatos y amenazas, sino con un amor incomparable. El amor engendra amor; y de esa manera, el amor de Cristo demostrado en la cruz atrae al pecador, y lo vincula, arrepentido, a la cruz, donde cree y adora la incomparable profundidad del amor de un Salvador. Cristo vino al mundo para perfeccionar un carácter justo para muchos, y para elevar la raza caída. Pero, de los millones en nuestro mundo, sólo unos pocos aceptarán la justicia y excelencia de su carácter, y cumplirán con los requisitos dados para asegurar su felicidad.

Si sus lecciones instructivas fuesen obedecidas, y fuese imitada su vida santa, frenarían la marea de miseria física y moral, que ha desfigurado la imagen moral de Dios en el hombre de tal manera, que apenas tiene un parecido al

noble Adán cuando estuvo en su santa inocencia en el Edén. Cada prohibición de Dios tiene, como propósito, la salud y el bienestar eterno del hombre. En la obediencia a todos los requerimientos de Dios se hallarán la paz y la felicidad, sin vergüenza ni reproches de conciencia.

Pero muy pocos del mundo cristiano siguen a su Maestro en un camino de humilde obediencia, progresando en la santidad, y la perfección de un carácter cristiano. La intemperancia y el libertinaje van muy en aumento, y se los practica en gran medida bajo el manto del cristianismo. Esta condición deplorable no ha resultado porque los hombres hayan obedecido la ley de Dios, sino porque sus corazones se alzan en rebelión a sus santos preceptos.

Únicamente por medio del arrepentimiento hacia Dios, porque su ley ha sido violada, y por la fe en Cristo Jesús, podemos ser elevados a la pureza de la vida, y a la reconciliación con Dios. Si se comprendiesen plenamente todos los pecados que han acarreado la ira de Dios sobre las ciudades y las naciones, se hallaría que sus miserias y calamidades son el resultado de apetitos y pasiones desenfrenados.

MÁS DE UNA CAÍDA

Si la raza humana hubiese cesado de caer cuando Adán fue expulsado del Edén, estaríamos ahora en una condición mucho más elevada, física, mental, y moralmente. Pero al paso que los hombres deploran la caída de Adán, que ha resultado en una calamidad tan indecible, desobedecen las órdenes expresas de Dios, como lo hizo Adán, aunque tienen su ejemplo para advertirles de no hacer lo que él hizo, al violar la ley de Jehová. Ojalá los hombres hubiesen dejado de caer después de Adán. Pero ha habido una sucesión de caídas. Los hombres no aceptan la advertencia de la experiencia de Adán. Condescienden con el apetito y la pasión, en violación directa de la ley de Dios, y al mismo tiempo, continúan lamentando la transgresión de Adán, que introdujo el pecado en el mundo.

Desde los días de Adán hasta los nuestros, ha habido una sucesión de caídas en toda suerte de crímenes, y cada caída ha sido mayor que la anterior. Dios no creó una raza de seres tan desprovistos de salud, belleza, y poder moral, como la que ahora existe en el mundo. Enfermedades de toda clase han estado aumentando terriblemente en la humanidad. Esto no ha sido por providencia especial de

Dios, sino directamente en contra de su voluntad. Esto ha venido por el desprecio del hombre de los mismos medios que Dios ha dispuesto para resguardarlo de los terribles males existentes. La obediencia a la ley de Dios, en todo respecto, salvaría a los hombres de la intemperancia, de la disipación, y de todo tipo de enfermedad. Nadie puede violar la ley natural sin sufrir el castigo.

¿Cuál sería el hombre que vendería, deliberadamente, por alguna suma de dinero, sus aptitudes mentales? Si alguno le ofreciera dinero para que enajenara su intelecto, rechazaría disgustado la necia propuesta. Sin embargo, son miles los que malgastan la salud del cuerpo, el vigor del intelecto, y la elevación del alma, por complacer el apetito. En lugar de ganar, sólo experimentan pérdida. No se dan cuenta de esto, porque sus sensibilidades están entorpecidas. Han permutado las facultades que recibieron de Dios. ¿Y a cambio de qué? He aquí la respuesta: Sensualidades denigrantes y vicios degradantes. Se da rienda suelta a la complacencia del gusto, a costa de la salud y el intelecto.

Cristo comenzó la obra de redención, en el preciso lugar donde comenzó la ruina. Él tomó medidas para restaurar al hombre a la pureza concedida por Dios, si él

aceptaba la ayuda ofrecida. Por medio de la fe en su nombre todopoderoso, el único nombre bajo el cielo en que podamos ser salvos, el hombre podría vencer el apetito y la pasión, y mediante su obediencia a la ley de Dios, la salud tomaría el lugar de las dolencias y las enfermedades que arruinan. Los que venzan seguirán el ejemplo de Cristo, pondrán los apetitos y las pasiones del cuerpo bajo el control de una conciencia iluminada, y de la razón.

Si los ministros que predicen el evangelio hiciesen su deber, y también fuesen ejemplos para la grey de Dios, elevarían sus voces como trompeta para anunciar al pueblo su transgresión, y a la casa de Israel sus pecados. Los ministros que exhortan a los pecadores a convertirse, debieran definir claramente qué es el pecado, y en qué consiste la conversión del pecado. El pecado es la transgresión de la ley. El pecador convencido de pecado debe arrepentirse delante de Dios por la transgresión de su ley, y tener fe hacia nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol nos da la verdadera definición del pecado. "El pecado es infracción de la ley". La gran mayoría de los profesos embajadores de Cristo son guías ciegos. Alejan a la gente del camino seguro, representando que los

requisitos y prohibiciones de la antigua ley de Jehová son arbitrarios y severos. Autorizan al pecador a sobrepasar los límites de la ley de Dios. En esto, actúan como el gran enemigo de las almas, que les ofrece una vida de libertad, en violación de los mandamientos de Dios. Con este libertinaje, desaparece el fundamento de la responsabilidad moral.

Los que siguen a estos dirigentes ciegos, cierran las avenidas de sus almas a la acogida de la verdad. No permiten que la verdad, con sus orientaciones prácticas, afecte sus corazones. La gran mayoría fortifica su alma con prejuicio contra nuevas verdades, y también contra la luz más clara, que muestra la aplicación correcta de una verdad antigua, la ley de Dios, que es tan antigua como lo es el mundo. Los intemperantes y libertinos se deleitan en la afirmación, frecuentemente repetida, que la ley de los diez mandamientos no es obligatoria en esta dispensación. Bajo el manto del cristianismo, se llevan a cabo la codicia, los robos, los falsos testimonios, y toda clase de crímenes.

LA SALUD Y LA FELICIDAD

¿Y por qué motivo los hombres no deben hacer estas cosas, si la ley que las prohíbe ha sido abolida? Ningún mensaje de la tierra ni del cielo puede impresionar decididamente al intemperante y al libertino, engañados con la teoría que la ley de los diez mandamientos ha sido abolida. Muchos profesos ministros de Cristo exhortan a la gente a una vida santa, mientras que ellos mismos se entregan al poder del apetito, y a la contaminación del tabaco. Estos maestros, que inducen a la gente a despreciar la ley física y moral, algún día tendrán un registro temible que enfrentar.

Jamás podrán avanzar la salud, la verdad, y la felicidad, sin un conocimiento cabal de la ley de Dios, y una plena obediencia a ella, y una fe perfecta en Cristo Jesús. El Señor no usa ningún otro medio para llegar al corazón humano. Muchos cristianos profesos reconocen que al usar el tabaco están complaciendo una costumbre sucia, cara, y dañina. Pero se excusan diciendo que el hábito está formado, y no pueden vencerlo. Al decir esto, rinden homenaje a Satanás, diciendo por sus acciones, aunque no sea en palabras, que aunque Dios es poderoso, el poder de Satanás es aún mayor. Con su profesión dicen, "Somos

siervos de Cristo Jesús", mientras que sus obras dicen que ellos ceden control a la influencia de Satanás, porque les cuesta menos inconveniencia. ¿Es esto vencer como Cristo venció? ¿O es ser vencido por la tentación? Y la disculpa mencionada la instan hombres en el ministerio, que profesan ser embajadores de Cristo.

Muchas son las tentaciones que acosan a los jóvenes, por todos lados, para arruinarles el futuro, tanto de este mundo, como del venidero. Pero el único camino seguro, para jóvenes y viejos, es vivir en estricta conformidad con los principios de la ley física y moral. El camino de la obediencia es el único que lleva al cielo. Los esclavos del alcohol y del tabaco darían, a veces, cualquier cantidad de dinero, si al hacerlo, pudiesen vencer su apetito por esas complacencias que destruyen cuerpo y alma. Y los que no quieran someter los apetitos y las pasiones al dominio de la razón, los complacerán a expensas de las obligaciones físicas y morales.

Las víctimas de un apetito pervertido, aguijoneadas con las tentaciones continuas de Satanás, buscan la complacencia a costas de la salud, y aun de la vida, y comparecerán ante el tribunal de Dios como asesinos de sí mismos. Muchos por tanto tiempo han permitido que los

hábitos los dominen, que se han convertido en esclavos del apetito. No tienen el valor moral para perseverar en la abnegación y soportar sufrimiento un tiempo, para lograr dominar el vicio, por medio del autocontrol y la negación del paladar. Éstos rehúsan vencer como venció su Redentor. ¿Acaso no soportó Cristo, por el hombre, sufrimiento físico y angustia mental, en el desierto?

Muchos han permitido que el apetito y el paladar controlen la razón por tanto tiempo, que no tienen la fuerza moral para perseverar en la abnegación, y soportar el sufrimiento un tiempo, hasta que la naturaleza, que ha sido sometida a abusos, pueda reanudar su trabajo, y vuelva a establecer en el sistema una acción sana. Muchos que tienen el gusto pervertido rehúyen la idea de restringir su modo de comer, y continúan sus complacencias malsanas. No están dispuestos a vencer como venció su Redentor.

¡Qué escena de sufrimiento sin precedentes fue ese ayuno de casi seis semanas, cuando Jesús fue abrumado con las tentaciones más feroces! Cuán pocos pueden comprender el amor de Dios por la raza caída, al no escatimar a su Hijo divino, y permitir que tomase sobre sí, la humillación de la humanidad. Entregó a su amado Hijo

a la vergüenza y la agonía, a fin de que Él pudiera llevar muchos hijos e hijas a la gloria.

Cuando el hombre pecador sea capaz de discernir el amor inexpresable de Dios, al dar a su Hijo para morir en la cruz, podrá comprender mejor que vencer como Cristo venció, es una ganancia infinita. Y comprenderemos que ganar el mundo entero, con todo su placer y gloria, es una pérdida eterna si perdemos el alma. Muy poco cuesta el cielo, a cualquier precio que sea.

A orillas del Jordán, la voz del cielo, acompañada por la manifestación de la gloria excelsa, proclamó a Cristo como el Hijo del Eterno. Satanás habría de encontrarse personalmente con la Cabeza del reino que había venido a derribar. Si fracasaba, sabía que estaba perdido. Por lo tanto, el poder de sus tentaciones fue de acuerdo con la magnitud del objeto que perdería o ganaría. Durante cuatro mil años, desde que se le declaró a Adán que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, él había estado planeando su forma de ataque.

Ejerció sus esfuerzos más vigorosos para vencer a Cristo en el asunto del apetito, quien soportó los más agudos tormentos del hambre. La victoria que ganó, no sólo serviría para dar un ejemplo a los que han caído bajo

el poder del apetito, sino para calificar al Redentor, para su obra especial de alcanzar las mismas profundidades de la miseria humana. Al experimentar en sí mismo la intensidad de la tentación de Satanás, y de los sufrimientos y dolencias humanos, sabría cómo socorrer a los que realizan esfuerzos para ayudarse a sí mismos.

Ninguna cantidad de dinero puede comprar una sola victoria sobre las tentaciones de Satanás. Sin embargo, lo que el dinero es incapaz de obtener, esto es, la integridad, el esfuerzo determinado, y la fuerza moral, en el nombre de Cristo obtendrá nobles victorias sobre el asunto del apetito.

Y ¿qué problema hay, si en el conflicto el hombre pierde la vida? ¿Qué problema hay, si los esclavos a estos vicios, en realidad mueren en la lucha por librarse del poder dominante del apetito? Habrán muerto en una buena causa. Y si se gana la victoria a costas de la vida humana, no habrá costado demasiado, si el victorioso sale de la tumba en la primera resurrección, y recibe la recompensa del vencedor.

Entonces, todo se ha ganado. Pero, no se va a sacrificar la vida en la lucha por vencer los apetitos depravados. Y es una certeza que, a menos que venzamos

como Cristo venció, no podremos sentarnos con Él en su trono. Los que frente a la luz y la verdad destruyan la salud mental, moral, y física, por medio de cualquier tipo de complacencia, perderán el cielo. Ellos sacrifican a los ídolos las facultades que Dios les ha dado. Dios merece y reclama nuestros mejores y más elevados pensamientos, y nuestros afectos más santos.

Nuestro Redentor ha comprado, a un costo infinito, cada facultad y nuestra misma existencia, y todas nuestras bendiciones de la vida han sido compradas con el precio de su sangre. ¿Aceptaremos las bendiciones, y olvidaremos los reclamos del Dador? ¿Puede alguno de nosotros consentir a seguir nuestra inclinación, a complacer los apetitos y las pasiones, y vivir sin Dios?

¿Comeremos y beberemos como las bestias, sin asociar, más que los animales, pensamientos de Dios con cada bien que disfrutamos?

No morirán en el conflicto aquellos que, en el nombre del Conquistador, hagan esfuerzos decididos por vencer cada deseo antinatural del apetito. En sus esfuerzos por dominar el apetito, se están colocando en una relación correcta a la vida, a fin de poder disfrutar de la salud y del favor de Dios, y asirse correctamente de la vida inmortal.

Hay miles que continuamente venden su vigor físico, mental, y moral, por el placer del gusto. Cada facultad tiene su función característica, sin embargo, todas tienen una relación de dependencia mutua. Si se conserva cuidadosamente el equilibrio, serán guardadas en acción armoniosa. Ninguna de estas facultades puede valuarse en billetes y monedas. Sin embargo, se las vende por un buen almuerzo, por alcohol, o por tabaco. Al paralizar estas facultades por la complacencia del apetito, Satanás domina la mente, y lleva a cometer toda suerte de crímenes y maldades. Dios nos ha mandado a conservar cada facultad en vigor saludable, para que tengamos un sentido claro de sus requerimientos, y perfeccionemos la santidad en su temor.

FUEGO EXTRAÑO

Nadab y Abiú, los hijos de Aarón que ministraban en el sagrado oficio del sacerdocio, se sirvieron vino en abundancia, y, como acostumbraban, fueron a ministrar delante del Señor. A los sacerdotes que quemaban incienso delante del Señor se les exigía usar el fuego que Dios había encendido, el cual ardía día y noche, y nunca se apagaba. Dios dio indicaciones explícitas acerca de cómo se debía llevar a cabo cada parte de su servicio, para que todo lo que estuviera relacionado con su culto sagrado, estuviese de acuerdo con su carácter santo. Y cualquier desviación de las indicaciones expresas de Dios, en relación con su servicio sagrado, era castigable por la muerte.

Ningún sacrificio era aceptable ante Dios sin sal, o sea, que no estuviese sazonado con el fuego divino, que representaba la comunicación entre Dios y el hombre, accesible solamente mediante Jesucristo. Se mantenía perpetuamente encendido el fuego sagrado, que debía ser puesto en el incensario. Y mientras los hijos de Dios estaban orando fervientemente afuera, el incienso encendido por el fuego sagrado había de subir delante de Dios, mezclado con sus oraciones. Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron fuego común, que Dios no aceptaba, y ofrecieron un insulto al Dios infinito, presentando ante Él, este fuego extraño. Dios los consumió con fuego, por su manifiesta indiferencia hacia sus indicaciones expresas. Todas sus obras eran como la ofrenda de Caín. No se representaba en ellas al divino Salvador. Si esos hijos de Aarón hubiesen tenido el dominio completo de sus facultades de razonamiento, habrían discernido la diferencia entre el fuego común y el sagrado. La complacencia del apetito degradó sus facultades, y nubló de tal forma su intelecto, que perdieron su facultad del discernimiento. Comprendían plenamente el carácter sagrado del servicio simbólico, y la terrible solemnidad y responsabilidad que pesaba sobre ellos, al presentarse delante de Dios para ministrar en el servicio sagrado.

Algunos podrán preguntar: ¿Cómo podían los hijos de Aarón ser tenidos por responsables, cuando sus intelectos estaban tan paralizados por la embriaguez, que no podían discernir la diferencia entre el fuego sagrado y el común? En el momento de llevar la copa a sus labios, se hicieron responsables por todos los actos que cometiesen bajo la influencia del vino. La complacencia del apetito les costó la vida a esos sacerdotes. Dios prohibió expresamente el uso del vino, cuya influencia nublaría el intelecto.

"Y Jehová habló a Aarón, diciendo: Tú, y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel, todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés" (Levítico 10:9, 10).

En esta dispensación, debería considerarse el mandato especial de Dios a los hebreos en cuanto al uso de los licores embriagantes. Pero en demasiados casos, muchos de los que ocupan las mayores responsabilidades en nuestro país, son esclavos del licor y el tabaco.

En nuestros tribunales, muchos miembros de los jurados, por cuyo veredicto se decide la inocencia o la culpabilidad de sus semejantes, son bebedores de licor, y adictos al tabaco. Y mientras están bajo la influencia de estas cosas, que oscurecen las facultades intelectuales y degradan el alma, imponen sentencia sobre la libertad y la vida de sus prójimos.

En muchos casos, el juicio pervertido exonera de cualquier culpa a los peores criminales, cuando la

seguridad de la comunidad exige que ellos reciban el pleno castigo de la ley que han violado.

Los hombres que están legislando, y los que están haciendo cumplir las leyes de nuestro gobierno, no son aptos para decidir el destino de sus prójimos mientras quebrantan las leyes de su ser, con apetitos degradantes que entontecen y paralizan el intelecto. Sólo aquéllos que sienten la necesidad de mantener el alma, el cuerpo, y el espíritu en conformidad con la ley natural, a fin de preservar el correcto equilibrio de sus facultades mentales, son aptos para decidir las cuestiones importantes, en cuanto a la ejecución de la ley de nuestro país. Éste era el pensar de Dios en sus decretos a los hebreos, que los que ministraban en cargos sagrados no debían usar el vino.

Aquí tenemos las clarísimas indicaciones de Dios, y sus razones para la prohibición del uso del vino; para que sus facultades de discriminación y discernimiento fuesen claras, y de ninguna manera confusas; para que su juicio fuese correcto, y pudiesen siempre discernir entre lo limpio y lo inmundo. Se da también otra razón de suma importancia, por la cual debían abstenerse de cualquier cosa que pudiese embriagar. Se requería el pleno uso de la razón

despejada, para presentar a los hijos de Israel todos los estatutos que Dios les había hablado.

Cualquier comida o bebida que incapacita el ejercicio sano y activo de las facultades mentales, es un pecado agravante a la vista de Dios. Éste es especialmente el caso de aquellos que ministran en las cosas sagradas, que en todo momento debieran ser ejemplos para el pueblo, y estar en condiciones de darles instrucción adecuada.

A pesar de tener delante este ejemplo impresionante, algunos cristianos profesos profanan la casa de Dios, con el aliento contaminado con los vapores del alcohol y el tabaco. Y a veces, las escupideras están llenas del escupitajo expulsado, y las mascadas de tabaco. Las emanaciones que constantemente despiden estos receptáculos contaminan la atmósfera. Los hombres que profesan ser cristianos se inclinan para adorar a Dios, y se atreven a orar a Él, con los labios manchados de tabaco, mientras que tiemblan sus nervios casi paralizados por el uso agotador de este potente narcótico. Y ésta es la devoción que ofrecen a un Dios santo, que odia el pecado. Con los labios y la boca manchados, ministros del púlpito sagrado se atreven a tomar la sagrada Palabra de Dios, en sus labios contaminados. Piensan que Dios no se fija en su

complacencia pecaminosa. "Por quanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal" (Eclesiastés 8:11). Dios no está más dispuesto a recibir un sacrificio de las manos de aquellos, que de esta forma se contaminan a sí mismos, y ofrecen con su servicio el incienso del tabaco y del alcohol, de lo que lo estaba para recibir la ofrenda de los hijos de Aarón, quienes ofrecieron incienso con fuego extraño.

Dios no ha cambiado. Es tan específico y exacto en sus requerimientos hoy, como lo era en los días de Moisés. Pero en los santuarios dedicados hoy día al culto, junto con los cantos de alabanza, las oraciones, y la enseñanza desde el púlpito, no hay tan sólo fuego extraño, sino corrupción abierta. En vez de ser predicada la verdad con la santa unción de Dios, a veces se la presenta estando bajo la influencia del tabaco y la bebida. ¡Fuego extraño, por cierto! Se presentan a la gente la verdad y la santidad bíblicas, y se ofrecen a Dios oraciones ¡mezcladas con el hedor del tabaco! ¡Esa clase de incienso es muy agradable a Satanás! ¡Qué engaño terrible! ¡Qué ofensa a la vista de Dios! ¡Qué insulto para Aquel que es santo, y habita en luz inaccesible!

Si las facultades mentales estuviesen en una condición de vigor saludable, los cristianos profesos discernirían la inconsecuencia de un culto tal. Como en el caso de Nadab y Abiú, sus facultades están tan embotadas, que no distinguen entre lo sagrado y lo profano. Las cosas santas y sagradas son rebajadas al nivel de su aliento contaminado por el tabaco, de sus cerebros ofuscados, y de sus almas corrompidas por la complacencia del apetito y la pasión. Los cristianos profesos comen y beben, fuman y mascan tabaco, y se convierten en glotones y borrachos, para complacer el apetito, ¡y todavía hablan de vencer como Cristo venció!

LA IMPETUOSIDAD PRECIPITADA Y LA FE INTELIGENTE

Muchos no distinguen entre la temeridad de la presunción, y la confianza inteligente de la fe. Satanás pensaba que con sus tentaciones podría engañar al Redentor del mundo, para que hiciese un movimiento temerario y manifestase su poder divino, para crear una sensación y sorprender a todos con el despliegue maravilloso del poder de su Padre, al preservarlo de cualquier daño. Le sugirió a Cristo que debía aparecer en su verdadero carácter y, con esta obra maestra de poder, establecer su derecho a la confianza y la fe del pueblo en que Él era, verdaderamente, el Salvador del mundo. Si Cristo hubiese sido engañado con las tentaciones de Satanás, y hubiese ejercido su poder milagroso para librarlo de dificultades, hubiese quebrantado el contrato que había hecho con su Padre, de ser un aprendiz de parte de la raza humana.

Para el Príncipe de la vida fue una tarea difícil llevar a cabo el plan que había emprendido para la salvación del hombre, al revestir su divinidad con humanidad. Había recibido honores en las cortes celestiales, y conocía el poder absoluto. Le fue tan difícil mantenerse al nivel de la

humanidad, como lo es para los hombres levantarse por encima del bajo nivel de su naturaleza depravada, y ser participantes de la naturaleza divina.

Cristo fue sometido a la prueba más apremiante, la cual exigió el poder de todas sus facultades, para resistir la inclinación, cuando estuvo en peligro, de usar su poder para librarse de la amenaza, y triunfar sobre el poder del principio de las tinieblas. Satanás mostró su conocimiento de los puntos débiles del corazón humano, y ejerció su poder, hasta el máximo, para aprovecharse de la debilidad de la humanidad, la cual Cristo había tomado para vencer sus tentaciones de parte del hombre.

Dios le ha dado al hombre promesas preciosas bajo la condición de su fe y obediencia, pero no para sostenerlo en cualquier acto temerario. Si los hombres innecesariamente se colocan en peligro, y van adonde Dios no les manda a ir, y con confianza propia se exponen al peligro, desatendiendo los dictados de la razón, Dios no obrará un milagro para socorrerlos. Si eligen colocarse en el fuego, Él no enviará a sus ángeles para impedir que alguno de ellos se queme.

Adán no fue engañado por la serpiente, como lo fue Eva, y era inexcusable que Adán transgrediera

temerariamente el mandato innegable de Dios. Adán actuó con presunción, porque su esposa había pecado. Él no discernía qué sería de Eva. Estaba triste, preocupado, y tentado. Escuchó el relato de Eva de las palabras de la serpiente, y comenzaron a vacilar su constancia e integridad. Surgieron en su mente dudas acerca de si Dios quería decir precisamente lo que había dicho. Temerariamente, comió el fruto tentador.

EL ESPIRITISMO

Los espiritistas hacen muy atractivo el sendero que conduce al infierno. Estos maestros engañosos revisten los espíritus de las tinieblas en las vestiduras puras del cielo, y tienen poder para engañar a los que no se han fortalecido con la verdad de la Biblia.

Se emplea una filosofía vana para hacer aparecer el camino del infierno como un camino seguro. Con la imaginación exaltada y las voces investidas con un tono musical, describen el camino ancho como una senda de alegría y gloria. La ambición ofrece, a las almas engañadas, como Satanás presentó a Eva, disfrutar de una libertad y una dicha que nunca pensaron fuese posible. Se alaba a hombres que han viajado por el camino ancho hacia el infierno, y que después de morir son exaltados a las posiciones más elevadas en el mundo eterno.

Satanás, ataviado con ropas brillantes, apareciendo como un ángel exaltado, tentó al Redentor del mundo, pero sin éxito. Pero cuando se presenta al hombre ataviado como ángel de luz, tiene más éxito. Oculta sus horribles propósitos, y consigue muy bien engañar a los incautos que no están firmemente anclados en la verdad eterna.

Enlistan las riquezas, el poder, la genialidad, la elocuencia, el orgullo, el razonamiento depravado, y la pasión como agentes de Satanás, para realizar su obra de hacer atractiva la senda ancha, cubriendola con flores tentadoras. Pero cada palabra que hayan pronunciado en contra del Redentor del mundo, será reflejada sobre ellos, y un día arderá sobre sus almas culpables como plomo fundido. Al ver al Excelso venir en las nubes de los cielos, con poder y gran gloria, se abrumarán de terror y vergüenza.

Entonces, el desafiador atrevido, el que se alzó en contra del Hijo de Dios, se verá a sí mismo en la verdadera negrura de su carácter. La vista de la gloria inexpresable del Hijo de Dios será intensamente dolorosa para aquellos cuyos caracteres están manchados con el pecado. La pura luz y la gloria que emanan de Cristo despertarán en ellos remordimiento, vergüenza, y terror. Clamarán con gemidos angustiosos a las piedras y a las montañas, "Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?" (Apocalipsis 6:16-17).

Los espiritistas afirman tener luz y poder superiores. Han abierto la puerta, e invitado a entrar al príncipe de las tinieblas, y lo han hecho su huésped de honor. Se han aliado a los poderes de las tinieblas, que se están desarrollando en estos últimos días, con señales y maravillas que, si fuere posible, engañarían a los escogidos. Los espiritistas afirman que ellos pueden realizar mayores milagros que los que realizó Cristo. Satanás se jactó de lo mismo ante Cristo. Debido a que el Hijo de Dios se había vinculado a las debilidades de la humanidad, para ser tentado en todo como el hombre habría de ser tentado, Satanás triunfó sobre Él, y se burló de Él. Se jactaba de su fuerza superior, y lo retó a abrir una discusión con él.

Los números de los espiritistas van en aumento. Irán a los hombres que tienen la verdad, tal como Satanás fue a Cristo, tentándolos a manifestar su poder y obrar milagros, y dar evidencias de contar con el favor de Dios, y de ser el pueblo que posee la verdad. Dijo Satanás a Cristo, "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes". Herodes y Pilato pidieron que Cristo obrase milagros, durante su juicio por su vida. Tenían curiosidad, pero Cristo no obró ningún milagro para complacerlos.

Los espiritistas se esforzarán por entablar discusiones con los ministros que enseñan la verdad. Si éstos no aceptan, los desafiarán. Citarán las Escrituras, como lo hizo Satanás con Cristo. "Examinadlo todo", dirán. Pero su idea de examinar, significa escuchar sus razonamientos engañosos, y asistir a sus reuniones. Pero en ellas, los ángeles de las tinieblas asumen la forma de amigos muertos, y se comunican con ellos como si fueran ángeles de luz.

Sus amados aparecerán vestidos con mantos de luz, con una apariencia tan conocida como cuando estaban sobre la tierra. Les enseñarán y conversarán con ellos. Y muchos serán engañados por este maravilloso despliegue del poder de Satanás. La única seguridad para el pueblo de Dios es estar completamente familiarizados con sus Biblias, y conocer cabalmente las razones de nuestra fe, en relación con el sueño de los muertos.

Satanás es un enemigo astuto. Y para los ángeles malignos no es difícil hacerse pasar por los santos y pecadores muertos, y lograr que sus representaciones sean visibles para los ojos humanos. Estas manifestaciones serán más frecuentes, y los acontecimientos serán de un carácter más asombroso, a medida que nos aproximemos al tiempo

del fin. No debemos sorprendernos de nada, en cuanto a los engaños para seducir a los incautos y engañar, si fuere posible, a los escogidos. Los espiritistas dirán, "Examinadlo todo". Sin embargo, para beneficio de su pueblo que vivirá en medio de los peligros de los últimos días, Dios los ha examinado, y ha dado el resultado de su prueba.

Aquel "inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder, y señales, y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia (2 Tesalonicenses 2:9-12).

En la isla de Patmos, Juan vio las cosas que sobrevendrían a la tierra en los últimos días (Apocalipsis 13:13).

El apóstol Pedro claramente señala lo que se manifestará en estos últimos días.

"Y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que

son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor. Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aún mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición (2 Pedro 2:10-14).

Dios en su Palabra ha colocado su sello [de condenación] sobre las herejías del espiritismo, tal como colocó su señal sobre Caín. Los piadosos no necesitan ser engañados si estudian las Escrituras y, obedientes, siguen el sendero claro que señala la Palabra de Dios.

El espiritista jactancioso afirma tener gran libertad, y con palabras suaves y floridas, desea fascinar y engañar a las almas incautas para que elijan el camino ancho del placer y la complacencia pecadora, en vez del camino estrecho y la senda recta. Los espiritistas califican como esclavitud a los requerimientos de Dios, y dicen que los que

los obedecen, viven una vida de miedo servil. Con palabras suaves y hermosos discursos se jactan de su libertad, y procuran cubrir sus peligrosas herejías con las ropas de justicia. Harían que los crímenes más repugnantes fuesen considerados como bendiciones para la raza humana.

Abren al pecador una puerta ancha para satisfacer los impulsos del corazón carnal, y violar la ley de Dios, especialmente el séptimo mandamiento. Los que pronuncian grandilocuentes palabras llenas de vanidad, y triunfan en su libertad en el pecado, prometen a los que engañan, que al seguir una senda de rebelión contra la voluntad revelada de Dios, disfrutarán de la libertad. Estas mismas almas engañadas están bajo la esclavitud más positiva a Satanás, y son controladas por su poder; sin embargo, prometen la libertad a las que se atrevan a seguir el mismo camino de pecado que ellas mismas han elegido.

Ciertamente, en esto se cumplen las Escrituras, que los ciegos están guiando a los ciegos. Porque el que es vencido por alguno, es hecho esclavo del que lo venció. Estas almas engañadas están bajo la esclavitud más abyecta a la voluntad de los demonios. Se han aliado a los poderes de la oscuridad, y no tienen las fuerzas para ir en contra de la voluntad de los demonios. Ésta es la libertad

de la cual se jactan. Son vencidas y esclavizadas por Satanás, y la gran libertad prometida a los que engañan, consiste en una esclavitud indefensa al pecado y a Satanás.

No debemos asistir a sus reuniones, ni deben nuestros ministros discutir con ellos. Pertenecen a los que no deberíamos invitar a nuestras casas, ni desearles éxito. Tenemos que comparar sus enseñanzas con la palabra revelada de Dios. No debemos entrar en una investigación del espiritismo. Dios lo ha investigado, y nos ha dicho, definitivamente, que en los últimos días se levantarán quienes negarán a Cristo, quien los compró con su propia sangre. Se describe el carácter de los espiritistas, tan claramente, que no necesitamos ser engañados por ellos. Si obedecemos el mandato divino, no simpatizaremos con los espiritistas, no importa cuán suaves y bellas sean sus palabras.

El amado Juan continúa su advertencia en contra de los seductores: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Éste es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Juan 2:22-23).

En su segunda epístola de Pablo a los tesalonicenses, él nos exhorta a estar alertas y no apartarnos de la fe. Con estas palabras habla de la venida de Cristo, como un evento que seguirá inmediatamente a la obra de Satanás en el espiritismo: Aquel “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder, y señales, y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:9-12).

En la epístola de Pablo a Timoteo, él predice lo que se manifestará en los últimos días. Y esta advertencia fue dada para beneficio de los que viviesen cuando estas cosas ocurriesen. Dios reveló a su siervo los peligros de la iglesia en los últimos días. Él escribe: “Pero el Espíritu dice, claramente, que en los posteriores tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores, y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos... teniendo cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:1-2).

El fiel apóstol Pedro habla de los peligros que la iglesia cristiana enfrentaría en los últimos días, y describe más plenamente las herejías que aparecerían, y los seductores blasfemos que intentarían llevar a las almas en pos de sí mismos. "Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado" (2 Pedro 2:1-2).

Aquí, Dios nos ha expuesto las pruebas de la clase mencionada. Ellos han rehusado reconocer a Cristo como el Hijo de Dios, y le faltan el respeto al Padre, tal como a su Hijo, Cristo Jesús. No tienen al Hijo ni al Padre. Y, como su gran líder, el jefe rebelde, están en rebelión en contra de la ley de Dios, y desprecian la sangre de Cristo.

Podemos regocijarnos en todas las condiciones de la vida, y triunfar bajo cualquier circunstancia, porque el Hijo de Dios bajó del cielo, y se sometió a llevar nuestras enfermedades, y a soportar el sacrificio y la muerte, para darnos la vida inmortal. Para siempre, Él llevará las señales de su humillación en la tierra a favor del hombre. Mientras

que la hueste redimida y la pura multitud de ángeles lo honran y adoran, Él llevará las señales de Uno que ha sido inmolado. Cuánto más plenamente apreciemos el sacrificio infinito que hizo nuestro Salvador para expiar nuestros pecados, tanto más cerca estaremos en armonía con el cielo.

EL DESARROLLO DEL CARÁCTER

Tenemos que desarrollar el carácter aquí. Dios nos someterá a prueba, y nos examinará al colocarnos en circunstancias que desarollen en nuestras almas, la fuerza, la pureza, y la nobleza más duradera, con una paciencia perfecta de nuestra parte, y plena confianza en un Salvador crucificado. Enfrentaremos trastornos, aflicción, y dificultades severas, porque éstas son las pruebas de Dios. Él se sentará para refinar y purificar la plata, y purificará a su pueblo como al oro y la plata, para que puedan ofrecerle ofrenda en justicia.

La cruz de Cristo está cubierta de oprobio y afrontas; sin embargo, es la esperanza de la vida, y la exaltación del hombre. Nadie podrá comprender el misterio de la piedad, mientras se avergüence de llevar la cruz de Cristo. Ninguno podrá discernir ni apreciar las bendiciones que Cristo ha comprado para el hombre, a un precio infinito para Él, a menos que esté dispuesto a sacrificar gozosamente los tesoros terrenales, para seguirle. Cada abnegación y sacrificio hecho por Cristo, enriquece al dador, y cada sufrimiento y oprobio soportado por su amado nombre, aumenta el gozo final, y la recompensa inmortal en el reino de gloria.